RADAR libros
SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 7 DE DICIEMBRE DE 1997• AÑO I Nº 4

¿AMOR O ANARQUÍA?

La periodista italiana María Luisa Magagnoli viajó a la Argentina para rastrear una pista que fue tomando forma de novela: la relación de Severino Di Giovanni, el anarquista fusilado en 1931, con su amante América Scarfó. Pero Un café muy dulce terminó en polémica: según Osvaldo Bayer –autor de Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia, consultado por la autora para su libro– el dulce es puro edulcorante para la globalización de una figura apasionante.



Guillermo Piro

En el principio fue una foto: *La primera vez que vi a Severino, sin darme cuenta me puse a jugar con las perlas de mi collar entre los dedos como si fuera un rosario. El vestía de negro, con un sobretodo corto con los bolsillos deformados, la camisa blanca y un echarpe que le ocultaba la corbata y le atravesaba el pecho oblicuamente, como un latigazo. Tenía una mirada metálica, clara y dura, las cejas fruncida por la intolerancia, el rostro marcado por la línea recta de los labios cerrados. Parecía cansado y maligno, viejo inclusive, y en cambio era todavía un muchacho. Sentada en la cama me incliné para observar de cerca aquella cara pálida, que nunca había visto antes y que otra mujer, dentro mío, había reconocido con un sobresalto.*

Así comienza la novela de María Luisa Magagnoli *Un café muy dulce*. El encuentro con una fotografía es el desencadenante de una serie de reminiscencias, sospechas y enigmas torturantes, que la autora se apresta a disipar emprendiendo un viaje a una tierra insólita y lejana llamada Argentina, país que en los años 30 albergó al anarquista Severino Di Giovanni y en cuya capital, en la ya desaparecida cárcel de Las Heras, a las cinco de la mañana del 31 de enero de 1931, durante el gobierno del dictador Uriburu, fue fusilado.

El libro puede entenderse como una sucinta historia del anarquismo en la Argentina. A la vez, como la biografía de Severino Di Giovanni y América Scarfó, aunque esta última, en un breve prólogo, aclara que *Un*

¿AMOR O ANARQUÍA?





SHOPPING

Luis Gusmán, autor de El frasquito *y* Tenessee, *compra libros en la Gandhi.*

El ambiente de la librería me gusta porque hay amigos, se puede charlar con los autores y saber lo que piensan. Si bien ha incorporado el café (que antes no existía), parece que tiene esta cuestión de seguir conservando una estructura de "librería de antes". No sé si ahora las librerías son lugar de encuentro como antes, donde se armaban polémicas o revistas literarias en el café, pero si hay algún lugar que se aproxime a aquel fenómeno, es Gandhi.

Me gusta este tipo de librerías porque los vendedores no son simples empleados sino que saben de qué se trata lo suyo. Lo más rescatable es que se consiguen una serie de revistas que no se encuentran en ningún otro lado, los vendedores no tienen que apelar a la computadora para saber quién es el autor de un libro, y te pueden aconsejar de lo más moderno, como la colección Anagrama, a lo más antiguo, lo que me hace sentir muy cómodo, y me recuerda a las viejas librerías de Corrientes.

Una de las primeras cosas que hago cuando entro en una librería es buscar si hay un libro mío, en qué parte de la librería lo ponen: si en un estante, en mesa, o dónde. Siempre me detengo en la mesa de poesía, porque me encuentro con rarezas como que Charles Olson –que tiene un libro magnífico, *Llámame Ismael*, sobre Herman Melville– escribe poesía. También se pueden hallar los poemas de Marx (cosa rara) y los del maravilloso Seamus Heaney. Las colecciones que más me atraen son las de poesía y las de ensayo, las de crítica estética, y son altamente recomendables las ediciones del *Manifiesto romántico*, *El ingeniero* de Wilcock, el *Diario Secreto* de Alexander Pushkin, *El problema de la literatura utópica*, *Walter Benjamin, historia de una amistad* y los *Cursos de literatura europea* de Nabokov.

Algo muy interesante que se puede encontrar en Gandhi son las transcripciones de libretos de óperas de Donizetti (La Favorita y El Gato Montés) que son bárbaros para regalar y valen $ 1. Desgraciadamente no puedo comprar tantos libros como quisiera porque mi mujer me mata.

café muy dulce "no pretende ser una novela histórica ni una biografía". La novela contiene además un documento intrigante, porque –como buen documento apócrifo– hace perfecto equilibrio entre lo verosímil y el delirio: el testamento de Severino Di Giovanni.

"En el libro, efectivamente, se habla poco de la investigación histórica que realicé, porque es una novela", respondió Maria Luisa Magagnoli a la pregunta de qué fuentes había utilizado. "Una novela que, antes que nada, quiere ser una búsqueda del destino, búsqueda que pasa a través del destino extraño y amargo de Severino, pero que toca muchos otros destinos, incluido el de la protagonista. Traté de alejarme de la crónica de la vida de Severino, pero me pareció necesario incluir algunos episodios fundamentales".

Con respecto a sus lecturas, "leí todo lo que conseguí encontrar acerca del tema con una predilección por los periódicos, políticos y no políticos, de esa época. A lo largo de mi investigación me encontré con muchas personas y obviamente, también con el biógrafo de Severino, pero *Un café muy dulce* –y esto quiero subrayarlo una vez más– es una novela y, más que a la crónica de época o a la historia, aspira a la verdad interior".

UNA CIUDAD ALUDIDA Tal vez algún amante de itinerarios incongruente intente un día utilizar el libro como guía de Buenos Aires. Pero los sitios son descriptos, rara vez nombrados: *Recorrí en taxi el largo trayecto que separaba al aeropuerto del barrio adonde me dirigía*, pero jamás sabremos cuál es ese barrio; *durante la tarde de mi primer día en Argentina había ido a pasear por la gran calle que avanzaba con brusquedad, gris y resbaladiza como el lomo de un delfín.* "Elegí omitir los nombres de los lugares porque no los consideraba importantes", responde la autora; "al contrario, me parecían un obstáculo. Las calles y las plazas de Buenos Aires son lugares de la mente, como por otra parte es un lugar de la mente la historia de Severino. Recrear el mundo es el privilegio del escritor". El efecto es a la vez atractivo y siniestro: esa ciudad, que creemos conocer tan bien, parece una ciudad extranjera. Sin embargo, la primera etapa del viaje no es Argentina, sino Alemania, *donde vivía un hombre que sabía muchas cosas.* No es difícil reconocer en ese hombre que no se nombra nunca a Osvaldo Bayer. Ese hombre, del que inevitablemente la autora de la novela leyó todos sus libros, editados en italiano, le revela un secreto magnífico y aterrador: América Scarfó vive en Buenos Aires.

CARTAS Y PRONTUARIOS ¿Quién es América Scarfó? En el '26, cuando Severino ya era un hombre buscado por la policía,



AMERICA SCARFO RETRATADA POR SEVERINO DI GIOVANNI, EN SAN ISIDRO. TIEMPOS FELICES.

cansado de que requisaran su domicilio (donde vivía con su mujer y sus tres hijos) decidió mudarse. Recurrió entonces a su amigo y compañero de armas Paulino Scarfó, cuyos padres eran propietarios de una casa lindante, desocupada. *Sin que nunca se hubiesen dado cita, se encontraban todos los días, a la mañana, temprano, cuando él salía para ir a la imprenta y ella salía al jardín antes de ir a la escuela.* Más tarde Severino está desterrado del mundo, oculto, junto con Paulino, en una isla del Tigre, solo y atormentado. Sentada en el micro que la lleva a la cita con Paulino, América piensa en Severino: *Sabía que estaba enamorada, acudía a la cita con su hermano con la esperanza de encontrarlo también a Severino.* Comienza entonces un intercambio epistolar secreto y alucinado. El le escribe a ella tres veces por día.

Protegido por mil sosias, Severino no se movía del Tigre. Después de hacer estallar

> **"Víctima del escándalo, América se recluyó en el silencio. Allí reside el valor de este libro: haber revivido a una Scarfó que muchos ya creían muerta."**

una bomba en una nave dálmata en el puerto de Buenos Aires, comienza la fuga. Pocos se resistieron a la tentación de juzgar la relación de los enamorados cuando dejó de ser secreta; los mismos anarquistas de entonces, bastante puritanos, la miraban con recelo.

Surge entonces una extraña salida: América se casaría con un amigo de Severino y, una vez libre ella de la oposición familiar, se escaparían juntos. Así se hizo. Apenas se quedaron solos, los esposos no se fueron al mar, como estaba previsto, sino que se dirigieron al sur, donde los esperaba Severino. Pero la meta era Francia, donde Severino soñaba con transformarse en apicultor.

Luego de una persecución espectacular, Severino es apresado por la policía, procesado por una corte marcial y condenado a ser fusilado, todo en pocas horas. *Observaba a los soldados que se disponían para la ejecución. Uno de ellos se acercó y lo ató al respaldo con dos vueltas de soga: después hizo el gesto de cubrirle los ojos con una venda, pero Severino corrió bruscamente la cabeza. "No la quiero; total, para ustedes es lo mismo", y volvió a clavar los ojos en el cielo con una mirada azul velada por la sombra. Los soldados apuntaron sus fusiles y el prisionero se tensionó con fuerza en la silla, gritando con voz herida un último homenaje a la idea de su juventud.* La misma suerte corre el hermano de América Scarfó, Paulino.

LA SCARFO HABLA Víctima del escándalo, América se recluyó desde entonces en el más completo silencio. Después de la aventura con Severino se mantuvo alejada de la política, buscando en los libros y en la familia su camino hacia la salvación. *Los traumas sufridos habían funcionado en ella como una cura total contra las tentaciones de la intolerancia, y sentía en relación a la violencia una aversión física que se expresaba incluso en su negación a siquiera tocar un arma.* Esa negativa alcanzó incluso a Bayer, a quien América ni siquiera quiso recibir cuando éste emprendió la investigación para su libro sobre Di Giovanni. "Había decidido no hablar jamás públicamente", dice América Scarfó en el prólogo. "Esta novel escritora italiana, ajena a las luchas sociales, nacida mucho años después que nosotros, ha encontrado, desde su posición distante, otra voz. que apartándose de las crónicas sensacionalistas y de las interpretaciones políticas, con un toque de magia, embellece nuestra tragedia y la conduce hacia regiones más complejas." Allí reside el valor fundamental de este libro: haber revivido a una Scarfó que muchos ya creían muerta.

Magagnoli nació en Génova y vive en Milán. Acaba de terminar una novela, ambientada en el siglo pasado, en la época de las guerras de independencia nacional italiana. Comenzó otra novela sobre la España de los años 20. Periodista, en estos últimos años se ocupó sobre todo de arte. Escribe por la noche, los fines de semana. "Raramente en el estudio, muy a menudo en la cocina".



GOLPEADO, DI GIOVANNI ES LLEVADO ANTE EL TRIBUNAL QUE ORDENÓ SU FUSILAMIENTO.



FOTO DE PRONTUARIO DE AMERICA SCARFÓ, TOMADA EL MISMO DÍA DE LOS FUSILAMIENTOS.



SCARFÓ CON LAURA, LA HIJA DE DI GIOVANNI Y SU ESPOSA: VAN AL PENAL, A DESPEDIRSE DE EL.

La globalización de Severino

Osvaldo Bayer

El autor de Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia, polemiza con la visión de Un café muy dulce: "Típico de europeos", dispara.

Acabo de leer la novela *Un café muy dulce* de la escritora italiana Maria Luisa Magagnoli. No pude menos que sonreírme. Diría hasta que regocijarme. Me dije: "Típico de europeos". Y me sentí latinoamericano. Con la resignación, el desamparo, pero la filosofía de no darle importancia a estas cosas que cometen, hasta ya por hábito, sin sentir ni siquiera algún prurito de conciencia, los descendientes de los antiguos conquistadores.

Ya me había pasado con Bruce Chatwin, quien me vino a visitar porque quería leer "todo lo que se ha escrito sobre la Patagonia". Le entregué medio estante de mi biblioteca. Fue a la Patagonia. Estuvo algunas semanas allí y volvió luego a Londres, donde escribió su libro *En la Patagonia*, que es una hábil cocina de todo lo que levantó de minuciosos trabajos realizados por casi desconocidos escritores patagónicos. De mi libro *La Patagonia rebelde* tomó el tema de las huelgas rurales y aparece él como investigador. Lo aderezó de todos los detalles al gusto europeo: fue uno de los más grandes best-sellers de la década pasada.

Ahora aparece el libro de Magagnoli sobre Severino Di Giovanni. Ella me fue a visitar a Berlín, donde yo estaba en exilio. Quería saber todo sobre el anarquista fusilado en la Argentina. Había leído la edición italiana de mi *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia* y me relató que tenía una curiosidad personal por saber detalles sobre él. Le conté cómo realicé la investigación y le di las direcciones de los sobrevivientes de aquellos hechos. Con esos datos ella escribió una novela que fue editada en Italia y ahora aparece en la Argentina.

En dicha novela describe el encuentro conmigo en mi exilio de Berlín. Allí me llama "el hombre que había buscado tanto". Dice: "El hombre que había buscado tanto me pareció fuerte, vigoroso, pero apagado por la luz de la nostalgia de los nacidos en el fin del mundo. Después de haberme abierto la puerta en el quinto piso de una vieja casa popular berlinesa me dio la información más inesperada y extraordinaria. Sentada en una gran habitación austera inundada por las notas del himno nacional norteamericano proveniendo del presidio militar cercano, me enteraba de que América, la mujer de Severino, todavía vivía".

Transcribo este párrafo porque en él queda demostrado con qué amplitud la traté. Pero ya aquí notará el lector la desaprensión con que la novelista aporta datos: en Berlín no hay prisiones donde se toca el himno norteamericano: se trataba del cuartel norteamericano de Tempelhof. Desaprensión mayor cuando se refiere a lo argentino.

La señora Magagnoli se irá de Berlín con libros míos: el *Severino*..., *La Patagonia rebelde* y dos ensayos: *Los anarquistas expropiadores* y el *Radowitzky*. Su novela será el viaje a la Argentina de una investigadora que quiere averiguar la vida de Di Giovanni. El lector tendrá ante sí una mezcla de las impresiones de la Argentina de hoy mientras desarrolla la vida del anarquista. Allí se encuentra todo lo que puede interesar a un lector europeo que quiera sentir cosquillas de lo folklórico y lo turístico en medio de anarquistas patilludos y silenciosos. Por supuesto, a la investigadora no le falta el amante argentino –que resulta ser un ruso– pero el segundo amante sí, ya es un argentino hecho y derecho y cuándo no, bailador de tangos.

Resulta conmovedor cómo la señora Magagnoli, para descubrir el lugar donde se encuentra la colección de la primera publicación de Severino, se traslada a la cordillera (cuando en realidad está en una biblioteca apenas a una hora de viaje de donde ella vive en Italia, y yo se lo había informado) pero claro, es una novela, y tiene más colorido para el lector esto de los Andes y el heroísmo de la investigadora. Los capítulos donde vuelca su investigación son una serie lineal de las actividades de Di Giovanni donde sigue religiosa y cronológicamente lo que yo había traído mi libro. Pero la escritora italiana no sólo globaliza al *Severino*... sino que también aprovechó –a la Bruce Chatwin– los temas tratados en mis otros libros. Así, de paso, les habla a sus lectores de Radowitzky y la cárcel de Ushuaia, y como no podía ser de otra manera, también cuenta lo de *La Patagonia rebelde*. Así el lector tiene todo en pocas páginas, trabajado para best-seller y a precio módico, una buena oferta.

Pero claro, ella modifica el relato y narra todo en términos cuasi macarrónicos. Este párrafo no tiene desperdicio (los europeos aman el pintoresquismo y en este mundo del consumo hay que dárselo en cantidad): "El ejército (obrero) se abrió siguiendo un diagrama en forma de estrella, mientras el cielo inmaculado sobre ellos era atravesado por halcones tornasolados, como ojos ajenos perdidos en el camino a Heliocanto. Esperaban el ataque fumando, preparando los caballos, escrutando el horizonte. Mientras los comandantes impartían las órdenes, un campesino francés leía la Biblia a sus compañeros analfabetos, un maestro alemán escribía el adiós a sus hijos y un viejo, desnudo hasta la cintura, se tatuaba el pecho con los símbolos de los guerreros sin deshonra".

La investigadora se cansa de tanta violencia argentina y alterna con su amante bailarín de tango o se va a un restaurante de lujo que describe hasta en su menor detalle, o se va a aprender los "secretos de la plata del Alto Perú", muy de actualidad en el hoy europeo.

Después de un buen almuerzo de especialidades latinoamericanas vuelve a "investigar" y se mete también con Miguel Arcángel Roscigna, descripto en mi libro *Los anarquistas*..., o hace decir a un viejo anarquista que Severino tenía un tornillo flojo. Lo define así: "Severino era un hombre al que le gustaba causar sensación. Concebía sus acciones de manera teatral, quería asombrar, quería humillar, quería, sobre todo, aterrorizar". Es decir, la misma versión de los diarios sensacionalistas. Y por supuesto, para tranquilizar a los lectores maduros que toman sol en el Lago di Como, define sus propios sentimientos: "Sentía compasión por las víctimas de Severino, por sus hijos, por todos los que habían sufrido por él, pero también sentía compasión por él, porque, de las infinitas galaxias de estrellas que gobiernan los infinitos destinos de los hombres, solamente la fría estrella de la venganza se había encendido para él".

Así de simple. Si es tan fácil ser bueno en la vida. ¿Por qué optar por el camino de la violencia? Moraleja globalizada. Firme en el concepto que nos tranquiliza a todos y nos hace sentir como hermanos a pobres y ricos, a banqueros y sirvientas, a almirantes norteamericanos y a negritos de las villas.

> **"La investigadora se cansa de tanta violencia argentina y alterna con su amante bailarín de tango o se va a un restaurante de lujo que describe en detalle".**

Pero hay otra cosa en este tratado de templanza, que para la ética no es digerible. La autora escribe una novela, es decir, puede permitirse apretar todos los resortes de la imaginación. Pero ella le pone nombres propios a todos sus protagonistas y comete reales injusticias. Cometer injusticias en provecho propio es, por lo menos, superficial y censurable. Dice cosas de personajes que no son ciertas y que hacen al recuerdo moral de ellos. Escribe: "Compañera de un gran fanático, América se me revelaba como una mujer tranquila, que no conocía o había olvidado las exaltaciones del extremismo". Fíjese el lector: fanático, extremismo. Nos quiere presentar una América Scarfó apta para el consumo, se olvida de aquella América que escribía, todavía adolescente, artículos para la prensa libertaria europea y argentina defendiendo a la mujer y atacando las injusticias del sistema.

Pero, enhorabuena, la novela termina bien para la novelista, que se salva de Severino. Después de sufrir tanto con la investigación finalmente encuentra en Buenos Aires a un pariente italiano muy acomodado que la invita a comer a "un restaurante francés llamado con el nombre de un frágil pececito rosado donde concurren los más adinerados norteamericanos del profundo Texas". En ese pariente –presidente de una empresa– encuentra al antiseverino: "Me encantaba estar con él porque era un hombre sin rarezas, inmune al morbo de la nostalgia". Y se lo dirá: "Si hubiéramos sido jóvenes los dos juro que con mucho gusto me habría casado contigo". Se salvó.



EL EXTRANJERO

*El irritante **Juan Manuel de Prada***

Dicen en España que Juan Manuel de Prada irrita. Se lo ama, se lo respeta como escritor; o se lo odia, es decir: se lo considera un petimetre pedante e insoportablemente fecundo con, además, cierta compulsión –y no poca gracia– a la hora de la declaración impertinente. Nacido en Vizcaya en 1970, título de abogacía que jamás estrenó ni piensa estrenar y look de seminarista prodigio, Prada acaba de alzarse con el Premio Planeta español y no se le mueve un pelo ante las críticas de quienes considera "comisarios políticos". *La tempestad* (primera edición 210.000) es su cuarto libro y segunda novela después del tan guarro como exquisito *Coños* (1995), que le valiera la ambigua bendición del también díscolo Francisco Umbral; los correctos cuentos de *El silencio del patinador* (también 1995); y su consagrada -crítica, galardones varios y ventas– desopilante saga histórica *Las máscaras del héroe* (1996).

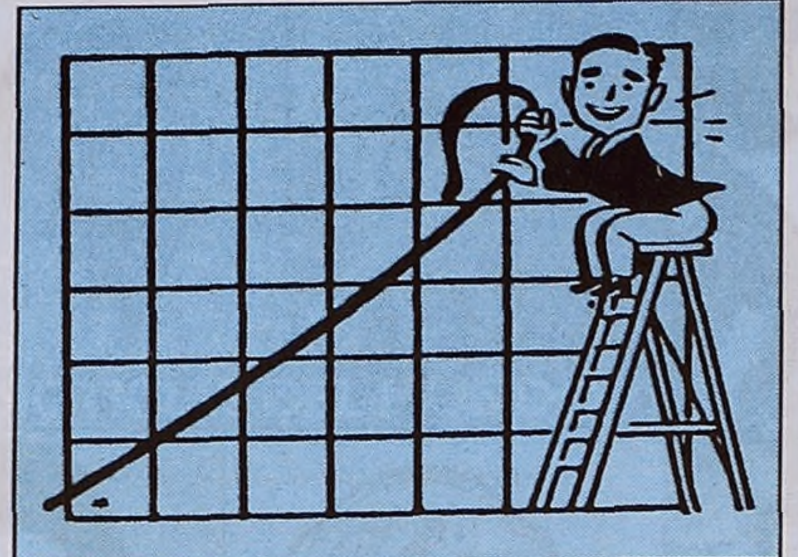
Amante del esperpento –mucho más español que Javier Marías y mucho menos norteamericano que Ray Loriga– y discípulo confeso de Ramón Gómez de la Serna, Prada escribe con brillantez y con la riesgosa felicidad nabokoviana de la autosatisfacción sin culpas (la desmesura de *Las máscaras del héroe*, lo más parecido hasta la fecha a su obra maestra, bien podría ser definida también como una feliz e impensada cruza entre Torrente Ballester y Pynchon) sin que ello signifique una despreocupación por la trama. En este sentido, *La tempestad* –a pesar de disculparse de entrada con una "novela de intriga"– es el libro más contenido de Prada. Y también el menos logrado, tal vez, por imposiciones de lo policial y una ambición más puesta en asentar cierto credo estético (no es casual que, otra vez, con todo lo que eso implica, el libro transcurra en Venecia) sin por eso abandonar cierta postura *épater* de libros anteriores. Henry James, Thomas Mann, el Eduardo Mendoza de *La isla inaudita* –ilustres exploradores de lo véneto– y el tan célebre como misterioso cuadro de Giorgione al que Prada le roba el título son las figuras tutelares de un argumento donde las peripecias crímino-pictóricorománticas del joven profesor de arte Alejandro Ballesteros funden con la reflexión y –marca de estilo pradesco– vuelven a desfilar los características símiles, las reincidencias en determinadas imágenes e ideas, y la adjetivación desenfrenada del escritor español más interesante de los últimos tiempos.

Rodrigo Fresán



LA TEMPESTAD
Juan Manuel de Prada. *Premio Planeta España 1997*
Planeta, Barcelona.
326 páginas,
2400 pesetas.

Es difícil y obsceno soslayar la mirada de un hombre que se desangra hasta morir, pero más difícil aún es sostenerla e intentar zambullirse en el torbellino de pasiones confusas y secretos póstumos que se agolpa en sus retinas. Es difícil y laborioso asistir a la agonía de un hombre anónimo (pronto sabría que se llamaba Fabio Valenzin, traficante y falsificador de arte), en una ciudad inexplorada, cuando la noche ha alcanzado ese grado de premeditación o alevosía que hace de la muerte un asunto irrevocable.



BOCA DE URNA

Ficción

1 La matriz del infierno,
Marcos Aguinis
(Sudamericana, $ 22)

2 Afrodita,
Isabel Allende
(Plaza y Janés $ 24.90)

3 Plata quemada
Ricardo Piglia
(Planeta, $ 17)

4 Aves de presa,
Wilbur Smith
(Emecé, $ 25)

5 El albergue de las mujeres tristes,
Marcela Serrano
(Alfaguara, $ 20)

6 Quinteto de Buenos Aires,
Manuel Vázquez Montalbán
(Planeta, $ 19)

7 3001,
Arthur C. Clarke
(Emecé, $ 15)

8 La quinta montaña,
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

9 Ordenes presidenciales,
Tom Clancy
(Sudamericana, $ 28)

10 El Anatomista,
Federico Andahazi
(Planeta, $ 17)

No ficción

1 El amor inteligente,
Enrique Rojas
(Planeta, $ 17)

2 Aurelia Vélez,
Araceli Bellotta
(Planeta, $ 17)

3 ¿Podremos vivir juntos?,
Alain Touraine
(Fondo de Cultura, $ 21)

4 Psicología del autoengaño,
Daniel Goleman
(Atlántida, $ 19.90)

5 Los Windsor,
Kitty Kelley
(Plaza & Janés, $ 21)

6 Orar, su pensamiento espiritual,
Madre Teresa
(Planeta, $ 15)

7 Che, una vida revolucionaria,
Jon Lee Anderson
(Emecé, $ 35)

8 Noche tras noche,
Viviana Gorbato
(Atlántida, $ 16.90)

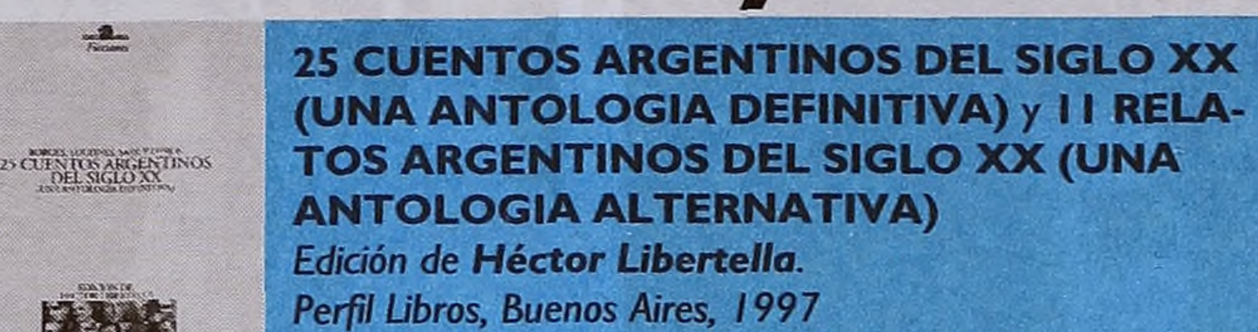
9 Los farsantes,
Gabriel Pasquini y Graciela Mochkofsky
(Sudamericana, $ 14)

10 Horóscopo Chino 1998,
Ludovica Squirru
(Atlántida, $ 12.90)

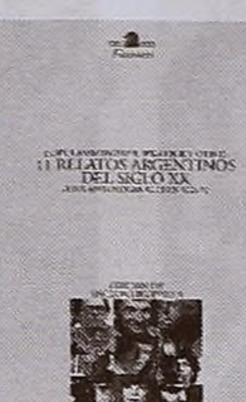
Librerías consultadas: Angel Martínez, Ateneo, Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Interlibros, La compañía de los libros, Librerío, Norte, Prometeo, Santa Fe, Tomás Pardo, Yenny; Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Rayuela, Rubén Libros (Córdoba); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, La Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados.

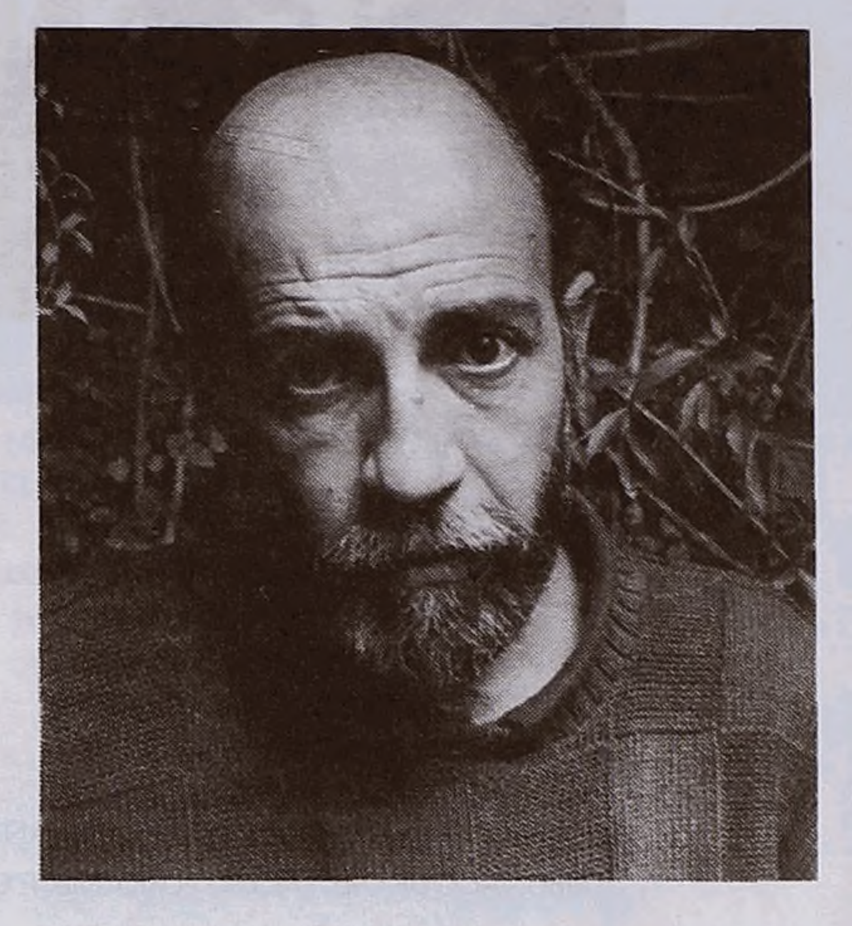
Eficacias y rarezas



25 CUENTOS ARGENTINOS DEL SIGLO XX (UNA ANTOLOGIA DEFINITIVA) y 11 RELATOS ARGENTINOS DEL SIGLO XX (UNA ANTOLOGIA ALTERNATIVA)
*Edición de **Héctor Libertella**.*
Perfil Libros, Buenos Aires, 1997
398 y 274 páginas, $ 19 y $ 17, respectivamente



Claudio Zeiger



Son tiempos de canon. Como si a la literatura argentina le hubiera dado el apuro por poner sus papeles en orden, desde algunos medios, algunos escritores ensayaron el gesto de establecer los autores que sí o sí hay que tener en cuenta de las letras nativas recientes. *25 cuentos argentinos del siglo XX* se propone como "definitiva", una palabra tan contundente que da un poco de chucho. En cierto modo, la antología "alternativa", más chica, más acotada, viene a balancear ese Gran Espíritu de la Literatura Criolla. Es literatura secreta, de culto, disfrazada de antología. Obsesión por el canon al margen, una antología debería ser útil y placentera a la vez. Estas dos cumplen con creces esos requisitos. No está nada mal: la suma de los dos libros da un total de 36 relatos casi todos ellos excelentes, casi todos imperdibles.

Ninguna antología, de todos modos, sea escolar, de divulgación o con pretensiones más sofisticadas, se agota en el mero placer de la lectura. Un riesgo evidente para el crítico que comenta antologías es encarar su comentario con el espíritu futbolero que lleva a imaginar la selección propia y así ignorar el trabajo ajeno, en este caso del escritor y crítico Héctor Libertella. Hay una idea que parece haber guiado su selección de los 25 cuentos de la "antología definitiva", una idea muy años '60, la década quizá más prolífica en relatos, ya que recogía la tradición de décadas anteriores y le agregaba una expansión editorial que los convirtió en estrellas muy populares de otras, muchas antologías: es la idea de que el cuento debe responder a una idea de eficacia.

La eficacia es una manera de encarar el hecho literario de cara al lector, para sorprenderlo generalmente en el final y para hacerlo leer de un tirón. Libertella habla de cuentos que han sobrevivido a las diversas modas de su tiempo. Pueden citarse algunos ejemplos de esta eficacia: "La cadena del ancla", de Roberto Arlt; "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", de Jorge Luis Borges; "Inglés", de Miguel Briante; "Macabeo", de Abelardo Castillo; "En memoria de Paulina", de Adolfo Bioy Casares; "Las babas del diablo", de Julio Cortázar.

También hay una zona de esta antología que se aleja de esa concepción eficaz del cuento y que tiende lazos hacia el otro volumen, el alternativo. Son precisamente textos menos trajinados por las antologías, como "As", de Antonio Di Benedetto; "Sombras sobre vidrio esmerilado", de Juan José Saer, e incluso "Autobiografía de Irene", de Silvina Ocampo. Abren una pluralidad que se acopla a la perfección con Angélica Gorodischer ("Camino al sur") o Elvira Orphée ("Noche enjoyada"), José Bianco ("El límite"), o Ricardo Piglia ("El fluir de la vida"). Son más sorpresivos, convierten a esta antología en un muestrario de heterodoxias que se continúa en el otro libro.

11 relatos argentinos del siglo XX ofrece varios de esos malditos textos que el aspirante a iniciado se mató buscando no muchos años atrás. "El fiord", de Osvaldo Lamborghini; "La condesa sangrienta", de Alejandra Pizarnik; "El uruguayo", de Copi y hasta "Cecil Taylor", de César Aira. Hay que agregarle el más reciente "El affair Skeffington", de María Moreno. Otros autores son el enigmático Santiago Dabove ("Ser polvo"), Macedonio Fernández ("Una novela que comienza"), Libertella ("El paseo internacional del perverso"), Luis Gusmán ("El frasquito"); uno de los más auténticos olvidados de los narradores argentinos, Néstor Sánchez ("Adagio para viola d'amore") y un raro, J. R. Wilcock ("Llorenc Riber"). La antología alternativa tiene marcas que la vuelven felizmente menos "definitiva" que la anterior. La selección de Libertella se orientó hacia textos o relatos, por llamarlos de algún modo, que se alejan de la idea más de oficio del cuento que va en busca de la perfección formal. Muchos de ellos son salvajes en lo formal, están al borde de la ilegibilidad (en algunos casos por exceso de intelectualismo y/o erudición, o porque fueron escritos lisa y llanamente bajo la idea de no ser legibles si por algo así se entendía la literatura realista o con atributos como "latinoamericana" de fines de los sesenta y setenta). La otra marca es una fuerte impronta gay, aunque falte "Evita vive", de Perlongher.

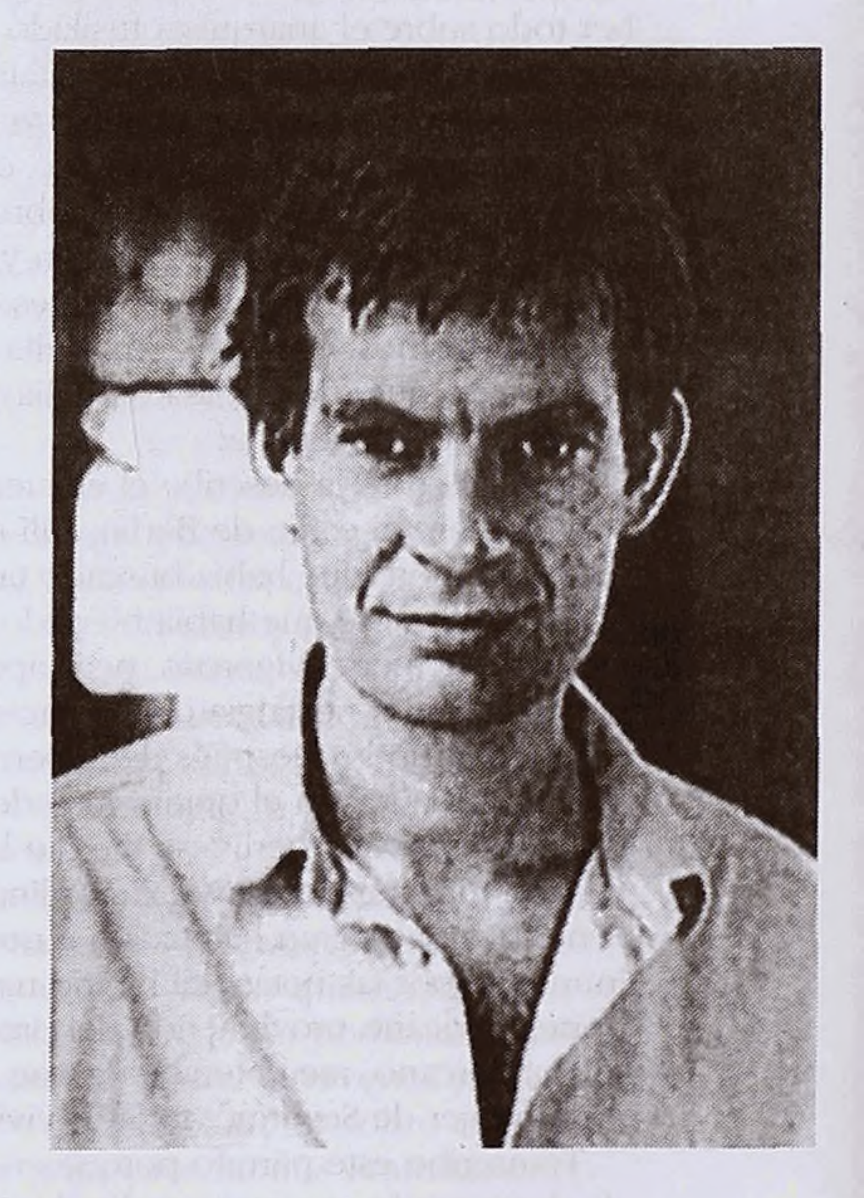
Quizás sea la primera y muy valiosa antología de lo *queer*, que, aquí, más que literatura gay, es una tradición de fuerte heterodoxia, todavía muy lejos del canon.♣

Adiós al amigo



ULTIMOS TRAGOS
Graham Swift
Anagrama, Barcelona, 1997
348 páginas, $ 25

Miguel Russo



La historia arranca en un bar inglés. Vic, Ray y Lenny (tres ingleses de poco menos de 70 años) se reúnen para cumplir con el último deseo de su amigo Jack, recién muerto: que sus cenizas sean arrojadas al mar. Jack, Jack Doods, era un carnicero inglés de poco menos de 70 años. Los tres amigos ingleses están esperando a Vince, el hijo adoptivo de Jack. El también formará parte del grupo. A partir de ese hecho pequeño, Graham Swift (Londres, 1949, autor de *El país del agua* y *Desde aquel día*) elabora un brillante rompecabezas que se va formando en ese viaje desde una punta a la otra de Inglaterra. Hay cuatro piezas seguras, maestras: los tres amigos (Vic, Ray y Lenny) y el hijo (Vince). Y a lo largo del viaje van contando pequeños fragmentos de su relación con Jack, con las mujeres, con el trabajo, con los hijos, con la guerra, con la bebida, con el aburrimiento, con la edad, con la muerte, con el mundo.

Vic es un empresario de pompas fúnebres. Fue el encargado de preparar las cenizas de Jack para su último viaje. Lenny es un ex boxeador fracasado, derrotado, que se gana la vida vendiendo frutas y verduras. Ray es un agente de seguros, apostador empedernido en las carreras de caballos y tuvo un pequeño romance –basado más en la compasión que en la sensualidad– con la mujer de Jack. Vince es el hijo varón que Jack y su mujer jamás pudieron tener. Su adopción, casual, no fue resultado de una tendencia a continuar el apellido, sino por la profunda tristeza que significó la pareja para los Doods.

Esta es una historia triste, solía decir el escritor Richard Ford ante cada libro, pero ¿a quién le importan las novelas con historias alegres? Y *Ultimos tragos* es una historia triste. Brillantemente triste. "No hay más que una enseñanza que sacar, que te da alegría y que no te da alegría, y es la siguiente: que, aunque lo llamen vivir, no es vivir lo que haces, sino sobrevivir", hace decir Graham Swift a Ray. Y eso es triste. Y unas páginas más adelante, en pleno viaje hacia el mar, en un imposible Mercedes Benz azul metalizado conseguido por Vince para la ocasión, el mismo Ray –pero podría haber sido cualquiera de los otros tres– mira caer la lluvia en el campo inglés por la ventanilla del asiento trasero y dice: "Es Inglaterra por los cuatro costados. Eso es lo que es: Inglaterra". Y eso es triste.

En el viaje parece suceder todo. Hay, por supuesto, infinitos recuerdos de cuando se reunían con Jack en el mismo bar de siempre, a la salida de los trabajos, cervezas y whiskies, whiskies y cervezas. Pero también hay peleas, ironías, confesiones, rodeos absurdos, diálogos cortados por una mirada, visitas inoportunas a sitios mucho más inoportunos, intentos de borrachera, tristezas. Y, efectivamente, en ese viaje ocurre todo. Es simple: los cuatro no están allí, subidos en un auto prestado atravesando Inglaterra para rendir algún tipo de honor o para presentar sus póstumos respetos a un amigo. Están allí, como piensa Lenny, porque es difícil pelear contra la propia naturaleza cuando en la naturaleza está pelear. "No estamos aquí –dice, pero lo podría decir cualquiera de los otros tres– porque Jack, trabajando sobre su propia naturaleza, hubiera conseguido llegar a convertirse en alguien diferente. Estamos aquí porque Jack era Jack".

De ese modo, las cenizas de Jack, de lo que alguna vez fue Jack –Jack el amigo, Jack el padre, Jack el carnicero, Jack el compañero de borracheras y de confidencias–, se transforman en las páginas de *Ultimos tragos* en un profundo alegato sobre la vida. Profundo y triste. Excelentemente triste.♣

BOCA DE URNA

Ficción

1 La matriz del infierno,
Marcos Aguinis
(Sudamericana, $ 22)

2 Afrodita,
Isabel Allende
(Plaza y Janés $ 24.90)

3 Plata quemada
Ricardo Piglia
(Planeta, $ 17)

4 Aves de presa,
Wilbur Smith
(Emecé, $ 25)

5 El albergue de las mujeres tristes,
Marcela Serrano
(Alfaguara, $ 20)

6 Quinteto de Buenos Aires,
Manuel Vázquez Montalbán
(Planeta, $ 19)

7 3001,
Arthur C. Clarke
(Emecé, $ 15)

8 La quinta montaña,
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

9 Ordenes presidenciales,
Tom Clancy
(Sudamericana, $ 28)

10 El Anatomista,
Federico Andahazi
(Planeta, $ 17)

No ficción

1 El amor inteligente,
Enrique Rojas
(Planeta, $ 17)

2 Aurelia Vélez,
Araceli Bellotta
(Planeta, $ 17)

3 ¿Podremos vivir juntos?,
Alain Touraine
(Fondo de Cultura, $ 21)

4 Psicología del autoengaño,
Daniel Goleman
(Atlántida, $ 19.90)

5 Los Windsor,
Kitty Kelley
(Plaza & Janés, $ 21)

6 Orar, su pensamiento espiritual,
Madre Teresa
(Planeta, $ 15)

7 Che, una vida revolucionaria,
Jon Lee Anderson
(Emecé, $ 35)

8 Noche tras noche,
Viviana Gorbato
(Atlántida, $ 16.90)

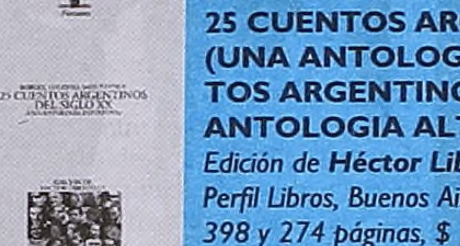
9 Los farsantes,
Gabriel Pasquini y Graciela Mochkofsky
(Sudamericana, $ 14)

10 Horóscopo Chino 1998,
Ludovica Squirru
(Atlántida, $ 12.90)

Librerías consultadas: Angel Martínez, Ateneo, Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Interlibros, La compañía de los libros, Librerío, Norte, Prometeo, Santa Fe, Tomás Pardo, Yenny; Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Rayuela, Rubén Libros (Córdoba); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, La Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados.

Eficacias y rarezas



25 CUENTOS ARGENTINOS DEL SIGLO XX (UNA ANTOLOGIA DEFINITIVA) y 11 RELATOS ARGENTINOS DEL SIGLO XX (UNA ANTOLOGIA ALTERNATIVA)
Edición de ***Héctor Libertella.***
Perfil Libros, Buenos Aires, 1997
398 y 274 páginas, $ 19 y $ 17, respectivamente



Claudio Zeiger

Son tiempos de canon. Como si a la literatura argentina le hubiera dado el apuro por poner sus papeles en orden, desde algunos medios, algunos escritores ensayaron el gesto de establecer los autores que sí o sí hay que tener en cuenta de las letras nativas recientes. *25 cuentos argentinos del siglo XX* se propone como "definitiva", una palabra tan contundente que da un poco de chucho. En cierto modo, la antología "alternativa", más chica, más acotada, viene a balancear ese Gran Espíritu de la Literatura Criolla. Es literatura secreta, de culto, disfrazada de antología. Obsesión por el canon al margen, una antología debería ser útil y placentera a la vez. Estas dos cumplen con creces esos requisitos. No está nada mal: la suma de los dos libros da un total de 36 relatos casi todos ellos excelentes, casi todos imperdibles.

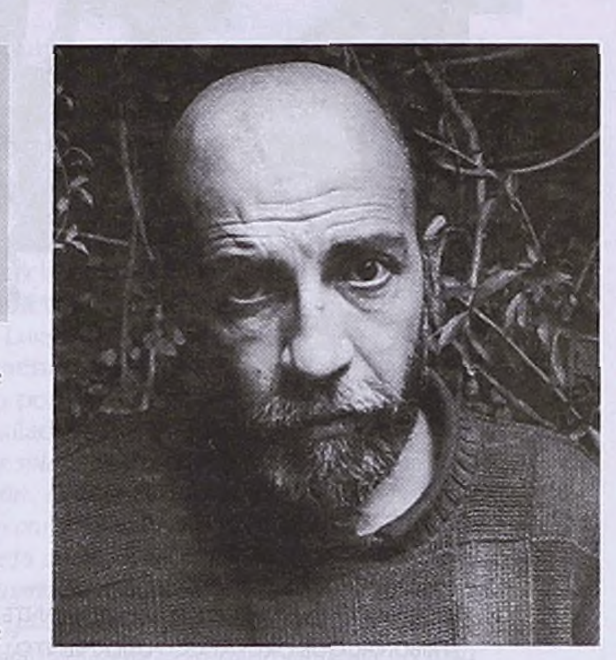
Ninguna antología, de todos modos, sea escolar, de divulgación o con pretensiones más sofisticadas, se agota en el mero placer de la lectura. Un riesgo evidente para el crítico que comenta antologías es encarar su comentario con el espíritu futbolero que lleva a imaginar la selección propia y así ignorar el trabajo ajeno, en este caso del escritor y crítico Héctor Libertella. Hay una idea que parece haber guiado su selección de los 25 cuentos de la "antología definitiva", una idea muy años '60, la década quizá más prolífica en relatos, ya que recogía la tradición de décadas anteriores y le agregaba una expansión editorial que los convirtió en estrellas muy populares de otras, muchas antologías: es la idea de que el cuento debe responder a una idea de eficacia.

La eficacia es una manera de encarar el hecho literario de cara al lector, para sorprenderlo generalmente en el final y para hacerlo leer de un tirón. Libertella habla de cuentos que han sobrevivido a las diversas modas de su tiempo. Pueden citarse algunos ejemplos de esta eficacia: "La cadena del ancla", de Roberto Arlt; "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", de Jorge Luis Borges; "Inglés", de Miguel Briante; "Macabeo", de Abelardo Castillo; "En memoria de Paulina", de Adolfo Bioy Casares; "Las babas del diablo", de Julio Cortázar.

También hay una zona de esta antología que se aleja de esa concepción eficaz del cuento y que tiende lazos hacia el otro volumen, el alternativo. Son precisamente textos menos trajinados por las antologías, como "As", de Antonio Di Benedetto; "Sombras sobre vidrio esmerilado", de Juan José Saer, e incluso "Autobiografía de Irene", de Silvina Ocampo. Abren una pluralidad que se acopla a la perfección con Angélica Gorodischer ("Camino al sur") o Elvira Orphée ("Noche enjoyada"), José Bianco ("El límite"), o Ricardo Piglia ("El fluir de la vida"). Son más sorpresivos, convierten a esta antología en un muestrario de heterodoxias que se continúa en el otro libro.

11 relatos argentinos del siglo XX ofrece varios de esos malditos textos que el aspirante a iniciado se mató buscando no muchos años atrás. "El fiord", de Osvaldo Lamborghini; "La condesa sangrienta", de Alejandra Pizarnik; "El uruguayo", de Copi y hasta "Cecil Taylor", de César Aira. Hay que agregarle el más reciente "El affair Skeffington", de María Moreno. Otros autores son el enigmático Santiago Dabove ("Ser polvo"), Macedonio Fernández ("Una novela que comienza"), Libertella ("El paseo internacional del perverso"), Luis Gusmán ("El frasquito"); uno de los más auténticos olvidados de los narradores argentinos, Néstor Sánchez ("Adagio para viola d'amore") y un raro, J. R. Wilcock ("Llorenc Riber"). La antología alternativa tiene marcas que la vuelven felizmente menos "definitiva" que la anterior. La selección de Libertella se orientó hacia textos o relatos, por llamarlos de algún modo, que se alejan de la idea más de oficio del cuento que va en busca de la perfección formal. Muchos de ellos son salvajes en lo formal, están al borde de la ilegibilidad (en algunos casos por exceso de intelectualismo y/o erudición, o porque fueron escritos lisa y llanamente bajo la idea de no ser legibles si por algo así se entendía la literatura realista o con atributos como "latinoamericana" de fines de los sesenta y setenta). La otra marca es una fuerte impronta gay, aunque falte "Evita vive", de Perlongher.

Quizás sea la primera y muy valiosa antología de lo *queer*, que, aquí, más que literatura gay, es una tradición de fuerte heterodoxia, todavía muy lejos del canon.♣



Adiós al amigo



ULTIMOS TRAGOS
Graham Swift
Anagrama, Barcelona, 1997
348 páginas, $ 25

Miguel Russo

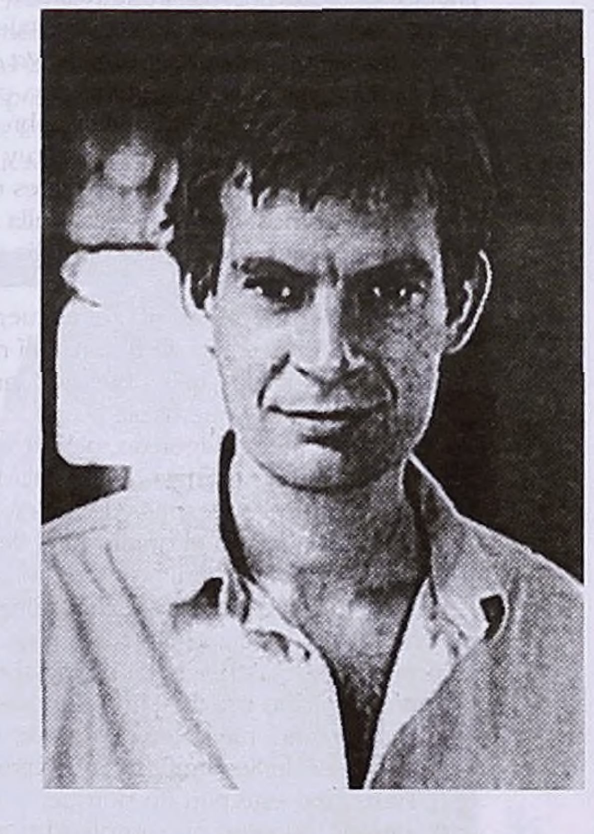
La historia arranca en un bar inglés. Vic, Ray y Lenny (tres ingleses de poco menos de 70 años) se reúnen para cumplir con el último deseo de su amigo Jack, recién muerto: que sus cenizas sean arrojadas al mar. Jack, Jack Doods, era un carnicero inglés de poco menos de 70 años. Los tres amigos ingleses están esperando a Vince, el hijo adoptivo de Jack. El también formará parte del grupo. A partir de ese hecho pequeño, Graham Swift (Londres, 1949, autor de *El país del agua* y *Desde aquel día*) elabora un brillante rompecabezas que se va formando en ese viaje desde una punta a la otra de Inglaterra. Hay cuatro piezas seguras, maestras: los tres amigos (Vic, Ray y Lenny) y el hijo (Vince). Y a lo largo del viaje van contando pequeños fragmentos de su relación con Jack, con las mujeres, con el trabajo, con los hijos, con la guerra, con la bebida, con el aburrimiento, con la edad, con la muerte, con el mundo.

Vic es un empresario de pompas fúnebres. Fue el encargado de preparar las cenizas de Jack para su último viaje. Lenny es un ex boxeador fracasado, derrotado, que se gana la vida vendiendo frutas y verduras. Ray es un agente de seguros, apostador empedernido en las carreras de caballos y tuvo un pequeño romance –basado más en la compasión que en la sensualidad– con la mujer de Jack. Vince es el hijo varón que Jack y su mujer jamás pudieron tener. Su adopción, casual, no fue resultado de una tendencia a continuar el apellido, sino por la profunda tristeza que significó la pareja para los Doods.

Esta es una historia triste, solía decir el escritor Richard Ford ante cada libro, pero ¿a quién le importan las novelas con historias alegres? Y *Ultimos tragos* es una historia triste. Brillantemente triste. "No hay más que una enseñanza que sacar, que te da alegría y que no te da alegría, y es la siguiente: que, aunque lo llamen vivir, no es vivir lo que haces, sino sobrevivir", hace decir Graham Swift a Ray. Y eso es triste. Y unas páginas más adelante, en pleno viaje hacia el mar, en un imposible Mercedes Benz azul metalizado conseguido por Vince para la ocasión, el mismo Ray –pero podría haber sido cualquiera de los otros tres– mira caer la lluvia en el campo inglés por la ventanilla del asiento trasero y dice: "Es Inglaterra por los cuatro costados. Eso es lo que es: Inglaterra". Y eso es triste.

En el viaje parece suceder todo. Hay, por supuesto, infinitos recuerdos de cuando se reunían con Jack en el mismo bar de siempre, a la salida de los trabajos, cervezas y whiskies, whiskies y cervezas. Pero también hay peleas, ironías, confesiones, rodeos absurdos, diálogos cortados por una mirada, visitas inoportunas a sitios mucho más inoportunos, intentos de borrachera, tristezas. Y, efectivamente, en ese viaje ocurre todo. Es simple: los cuatro no están allí, subidos en un auto prestado atravesando Inglaterra para rendir algún tipo de honor o para presentar sus póstumos respetos a un amigo. Están allí, como piensa Lenny, porque es difícil pelear contra la propia naturaleza cuando en la naturaleza está pelear. "No estamos aquí –dice, pero lo podría decir cualquiera de los otros tres– porque Jack, trabajando sobre su propia naturaleza, hubiera conseguido llegar a convertirse en alguien diferente. Estamos aquí porque Jack era Jack".

De ese modo, las cenizas de Jack, de lo que alguna vez fue Jack –Jack el amigo, Jack el padre, Jack el carnicero, Jack el compañero de borracheras y de confidencias–, se transforman en las páginas de *Ultimos tragos* en un profundo alegato sobre la vida. Profundo y triste. Excelentemente triste.♣



Esto recién empieza

ARGENTINA EN EL TERCER MILENIO
Prólogo y coordinación de ***Jorge Halperín***
Atlántida, Buenos Aires, 1997
528 páginas, $ 29,90

Susana Viau

Imaginar qué será de nosotros en dos o tres décadas no es tarea sencilla. Y las hipótesis que sobre distintos aspectos de ese futuro elaboran los 28 consultados por Jorge Halperín para diseñar la silueta de una *Argentina en el Tercer Milenio* parecen confirmar la dimensión de la dificultad. Lo admite el propio Halperín cuando advierte que el porvenir puede ser imaginado "pensando en la aceleración o poniendo el énfasis en procesos lentos y graduales. Pero hay, incluso, una tercera vía: buscar las líneas de futuro en las rupturas. Porque la humanidad avanza con cambios de velocidad, pero también por acontecimientos excepcionales". Es decir que vaticinar lo que será de nosotros es imposible. En el fondo, se trata de un viaje adivinatorio en el que se embarcan filósofos, politólogos, sanitaristas, sociólogos, demógrafos, comunicólogos y poetas, apenas un pretexto para hablar del presente, plantear interrogantes y volver sobre el pasado.

"A diferencia de los milenaristas de todas las épocas –evalúa Halperín– estos intelectuales –incluso quien reflexiona desde el terreno de la fe– no creen que estemos a punto de oír las *trompetas del final*." Es verdad: nadie en este "heterogéneo grupo de pensadores" se atreve a vaticinar la catástrofe, pero no es menos cierto que algunos de los avistajes más sólidos de ese futuro tienen un tono sombrío: "Al final de este siglo –sostiene Alain Touraine– nadie cree más en lo que se llama progreso". Su segundo diagnóstico es que el ciclo se cierra "con un desgarramiento social", un foso que separa el universo de la economía y el de la cultura. "Entre los dos mundos opera el vacío –afirma–. ¿Para que tener una sociología cuando no hay más sociedad?" Hay atisbos aún débiles, sostiene, de comunidades que intentan hacer un lugar al "universo de los símbolos (...), rearticular al Estado con la economía y con la cultura". Si esto no se logra, anticipa Touraine con todas las letras, "si en el marco de esa aceleración del crecimiento económico, lo institucional continúa sin resolverse; si no hay transformación, creación e invención de un sistema nuevo de control sociopolítico de la economía, vamos a tener crisis estructurales violentas".



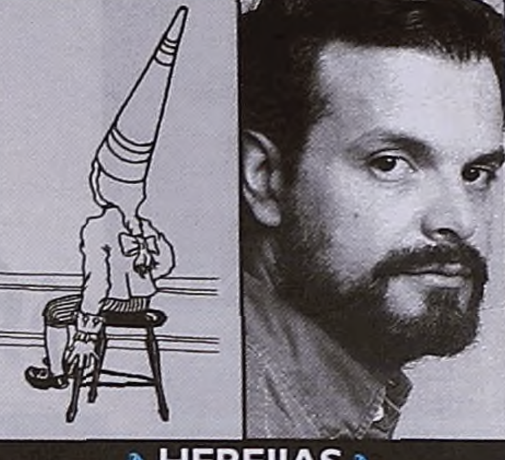
JORGE HALPERIN, EL PERIODISTA QUE REUNIÓ LAS OPINIONES DE 28 INTELECTUALES SOBRE EL PORVENIR DE LA ARGENTINA.

> **"Vaticinar lo que será de nosotros es imposible. En el fondo, se trata de un viaje adivinatorio en el que se embarcan filósofos, politólogos, sanitaristas, sociólogos, demógrafos, comunicólogos y poetas, apenas un pretexto para hablar del presente."**

Sorprende, no obstante, que sea Lester Thurow quien de algún modo se coloque, junto a Touraine, al otro lado de la cerca del optimismo. Para Argentina, dice el economista del MIT, no hay un "ahora qué" y luego de recordar el anunciado crecimiento del 7 por ciento, comienza a desagregar: el que pasó fue un año extrañamente bueno, esa tasa es alentadora en América latina pero sería preocupante en el Sudeste asiático y si ese bendito 7 no se mantiene el país puede empezar a despedirse de los sueños de altura. "Yo he dicho –recuerda Thurow volviendo sobre sí mismo– que este país necesita cien años –imaginemos el año 2090– para ingresar en el club de las economías desarrolladas." O sea, que en el mejor de los casos (y parece audaz afirmar que la actualidad argentina lo sea), esto no habrá hecho más que empezar.

Tras aventar las ilusiones de un ingreso a la modernidad a la vuelta de la esquina, Thurow arriesga otras hipótesis, más generales, las conjeturas que hacen a la vida cotidiana del próximo siglo: contra todas las previsiones megalómanas, Thurow postula la muerte de hipermercados y grandes almacenes a manos del comercio electrónico, de las compras transcontinentales, de las fabulosas ventas de las empresas que, con sede en cualquier ciudad norteamericana, producirán sus stocks en exclusiva para algún gran país asiático donde no tendrán ni un solo empleado. El resto será de los pequeños negocios porque, supone con sensatez, las necesidades menores, el pan, el periódico y los cigarrillos son cosas que se adquieren a no más de doscientos metros de casa. La contracara estará en lo que ya se visualiza como una quiebra de los sistemas de seguro social, asfixiados por la ecuación de bajas tasas de natalidad y aumento de las expectativas de vida. Un texto especialmente atractivo resulta el paneo que el poeta Marcelo Pichón Rivière hace de la cultura del siglo que acaba en silencio. "Para intentar comprender este escenario desolado, esta coreografía desvastada –se explica Pichón Rivière– hay que ir para atrás" y entonces retrocede todo lo que hace falta para buscar en la pintura, en la literatura, en el cine, en el legado de las vanguardias y de los solitarios, periféricos que las desafiaron, las pistas de lo que puede ocurrir. Y en ese sentido, el surrealismo le provee el ejemplo necesario.

Entre los contribuyentes se agregan a estos tres Marcos Aguinis, Natalio Botana, Dante Caputo, Julio Godio, Gregorio Klimovsky, Justo Laguna, Félix Luna, Nicholas Negroponte y Susana Torrado, entre otros. Pero sobre esos tres textos disímiles encuentra vertebración *Argentina en el tercer milenio*. Quizá porque, como afirma Touraine, ellos –los sociólogos, los economistas, los hombres de la cultura– son los bordes de ese vacío que habrá que achicar si se quiere "construir una civilización".♣



HEREJIAS

¿Qué libro considerado grandioso le parece mediocre y qué libro considerado mediocre le parece grandioso? Responde Carlos Franz, autor de El lugar donde estuvo el paraíso.

Al narrador chileno Carlos Franz –bien conocido de este lado de la tan simbólica cordillera de los Andes porque fue finalista del Premio Planeta 1996 con la excelente novela *El lugar donde estuvo el paraíso*– no le gustan, en general, los grandes. Explica sus razones: "Sacan pecho y hablan sin haber escuchado". Eso, parece, no le gusta nada. Y da un ejemplo jugado, para mejor argumentar: "Un *grandioso* que nunca he podido tragar es *El hombre sin atributos*, de Robert Musil. A pesar de sus devotos, a pesar de Milan Kundera", insiste.
No menos arriesgada es su elección del subvalorado, un autor mal comprendido como infantil y con peor suerte en sus adaptaciones al cine: Robert Louis Stevenson. "En cambio, el *mediocre* que me fascina es *El extraño caso de Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*. Como buen *mediocre* se presenta sin ínfulas, empieza arratonado en su cuento gótico, y sólo en el último capítulo comprendemos su real grandeza". Eso no es todo. Franz tiene una teoría sobre la ecuación grandeza-mediocridad: "Paradojalmente, creo, los escritores de verdad grandes crecen cuando descuidan serlo. El Donoso de *El lugar sin límites* es mayor que el de *Casa de campo*. El Nabokov de *Pálido fuego* da más luz y calor que el de *Ada o el ardor*... El Mann de *Muerte en Venecia* dura más que el de la *Tetralogía*. ¿No será que la grandeza reside en escribir desprevenido de la propia mediocridad?" Alguien, alguien muy reconocido, lo acompaña en esa opinión: "Esa *mediocritas aurea* que quería Horacio", pide, apenas, Franz. Embarcado por fin en la pura escritura (esto es, abandonados los trabajos que le proveían el pan antes del éxito de *El lugar donde estuvo el paraíso*, Franz sueña tal vez con ser uno de esos desprevenidos. Lo entusiasman otros ejemplos. "¿Qué hace grande a Cervantes, sino el haberse asociado eternamente a su mediocre caballero de provincias?", se pregunta el autor de *Santiago Cero*.

G. E.

REEDICION

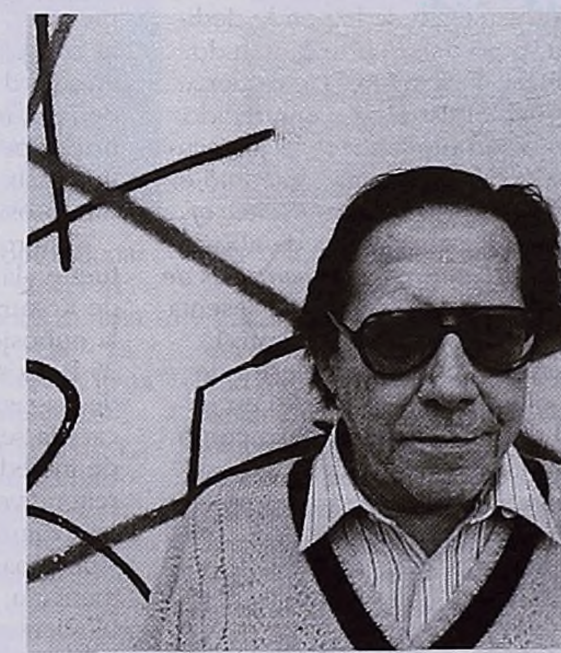
M. R.

Tigres de la cabeza

En estos días se reedita *El Cabeza* y aparece la tercera edición de *Los tigres de la memoria*, dos novelas policiales de Juan Carlos Martelli, uno de los pocos escritores de ese género en la Argentina. Ocurre que la novela policial, para Martelli, fue su introducción al mundo de la literatura. "Devoraba esas novelas de autores memorables en malísimas traducciones de viejas editoriales", dice. Y desde un principio eligió qué tipo de novela policial escribir: "Entre las dos vertientes del policial, la inglesa, de detective deductivo en un castillo, y la novela negra americana, donde hay un factor de juego de poder y denuncia social, me interesó mucho más esta última".

En sus novelas siempre está expuesto el tema social, como si fuera inevitable. Lo mismo ocurre con el juego del poder. Sea el poder de un jefe de mafia como el Cabeza o el poder del coronel de *Los tigres de la memoria*. En ambos casos es el poder oculto que sale a la luz. Y muchas veces el personaje se impone desde una persona real, que Martelli conoce o conoció de casualidad. "El coronel de *Los tigres...* existió en realidad", revela Martelli: "Lo conocí cuando Paco Jamandreu desenterró los trajes de Eva Perón. Yo había hecho una nota en la revista de *Clarín*, que por entonces dirigía, y Paco me invitó a comer. En la mesa estaba el coronel Hamilton Díaz con su amante. En un momento de la comida, el coronel me dijo que le gustaría mucho que su amante, Soraya, saliera en las revistas. Estaba dispuesto a pagar por ello, y yo acepté. Su único pedido fue que, cuando hiciera las fotos, como él no iba a estar, debería estar presente mi mujer, ya que una vez, un carpintero que había ido a hacer un trabajo en el departamento que le alquilaba quiso propasarse con su amante y tuvo, según me contó, que mandarle romper los dedos. El coronel estaba todo el día en calzoncillos tomando whisky. Era un barril sin fondo. Una tarde, luego de litros y litros de whisky, me contó que él había sido quien había ido a Italia para buscar el cadáver de Evita".

Cuando Martelli quiso darse cuenta, su novela *Los tigres de la memoria*, que estaba escribiendo por entonces, comenzó a girar alrededor de ese coronel. "Cuando se publicó –recuerda–, Hamilton Díaz se dio cuenta de que el personaje era él. Llamó a mi madre para decirle que yo tuviera mucho cuidado, ya que algo me podía pasar. Me mandó a seguir durante un tiempo, hasta que una hija suya se casó con un hijo de mi hermana. Allí, el coronel descubrió que yo pertenecía a *esos* Martelli y dio la historia por terminada".



De ese modo, aunque admite que el género en la Argentina no necesariamente tiene que responder a estos personajes, Martelli se plantea sus propios límites, y entre ellos está el descubrir este tipo de personas y transformarlos en personajes. Tanto en *El Cabeza* como en *Los tigres de la memoria*, el resultado fue óptimo.♣

Esto recién empieza

ARGENTINA EN EL TERCER MILENIO
Prólogo y coordinación de ***Jorge Halperín***
Atlántida, Buenos Aires, 1997
528 páginas, $ 29,90

Susana Viau

Imaginar qué será de nosotros en dos o tres décadas no es tarea sencilla. Y las hipótesis que sobre distintos as-pectos de ese futuro elaboran los 28 con-ultados por Jorge Halperín para diseñar a silueta de una *Argentina en el Tercer Milenio* parecen confirmar la dimensión e la dificultad. Lo admite el propio Hal-perín cuando advierte que el porvenir uede ser imaginado "pensando en la celeración o poniendo el énfasis en pro-esos lentos y graduales. Pero hay, inclu-o, una tercera vía: buscar las líneas de uturo en las rupturas. Porque la humani-ad avanza con cambios de velocidad, ero también por acontecimientos excep-ionales". Es decir que vaticinar lo que erá de nosotros es imposible. En el fon-o, se trata de un viaje adivinatorio en el ue se embarcan filósofos, politólogos, anitaristas, sociólogos, demógrafos, co-nunicólogos y poetas, apenas un pretex-o para hablar del presente, plantear inte-rogantes y volver sobre el pasado.

"A diferencia de los milenaristas de to-as las épocas –evalúa Halperín– estos ntelectuales –incluso quien reflexiona esde el terreno de la fe– no creen que stemos a punto de oír las *trompetas del inal*." Es verdad: nadie en este "hetero-éneo grupo de pensadores" se atreve a aticinar la catástrofe, pero no es menos ierto que algunos de los avistajes más ólidos de ese futuro tienen un tono ombrío: "Al final de este siglo –sostiene lain Touraine– nadie cree más en lo ue se llama progreso". Su segundo diag-óstico es que el ciclo se cierra "con un esgarramiento social", un foso que se-ara el universo de la economía y el de a cultura. "Entre los dos mundos opera l vacío –afirma–. ¿Para que tener una so-iología cuando no hay más sociedad?" Hay atisbos aún débiles, sostiene, de co-nunidades que intentan hacer un lugar al universo de los símbolos (...), rearticular l Estado con la economía y con la cultu-a". Si esto no se logra, anticipa Touraine on todas las letras, "si en el marco de sa aceleración del crecimiento económi-co, lo institucional continúa sin resolver-se; si no hay transformación, creación e invención de un sistema nuevo de con-trol sociopolítico de la economía, vamos a tener crisis estructurales violentas".

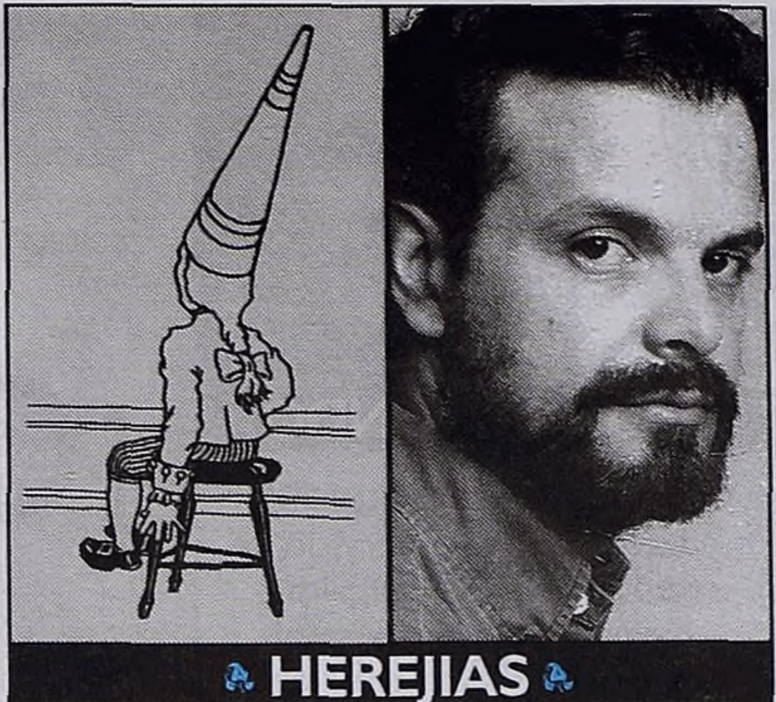

JORGE HALPERIN, EL PERIODISTA QUE REUNIÓ LAS OPINIONES DE 28 INTELECTUALES SOBRE EL POR-VENIR DE LA ARGENTINA.

> **"Vaticinar lo que será de nosotros es imposi-ble. En el fondo, se trata de un viaje adivinatorio en el que se embarcan filósofos, politólogos, sa-nitaristas, sociólogos, demógrafos, comunicó-logos y poetas, apenas un pretexto para hablar del presente."**

Sorprende, no obstante, que sea Lester Thurow quien de algún modo se colo-que, junto a Touraine, al otro lado de la cerca del optimismo. Para Argentina, dice el economista del MIT, no hay un "ahora qué" y luego de recordar el anunciado crecimiento del 7 por ciento, comienza a desagregar: el que pasó fue un año extra-ñamente bueno, esa tasa es alentadora en América latina pero sería preocupante en el Sudeste asiático y si ese bendito 7 no se mantiene el país puede empezar a despedirse de los sueños de altura. "Yo he dicho –recuerda Thurow volviendo sobre sí mismo– que este país necesita cien años –imaginemos el año 2090– pa-ra ingresar en el club de las economías desarrolladas." O sea, que en el mejor de los casos (y parece audaz afirmar que la actualidad argentina lo sea), esto no ha-brá hecho más que empezar.

Tras aventar las ilusiones de un ingreso a la modernidad a la vuelta de la esqui-na, Thurow arriesga otras hipótesis, más generales, las conjeturas que hacen a la vida cotidiana del próximo siglo: contra todas las previsiones megalómanas, Thu-row postula la muerte de hipermercados y grandes almacenes a manos del comer-cio electrónico, de las compras transcon-tinentales, de las fabulosas ventas de las empresas que, con sede en cualquier ciu-dad norteamericana, producirán sus stocks en exclusiva para algún gran país asiático donde no tendrán ni un solo em-pleado. El resto será de los pequeños ne-gocios porque, supone con sensatez, las necesidades menores, el pan, el periódi-co y los cigarrillos son cosas que se ad-quieren a no más de doscientos metros de casa. La contracara estará en lo que ya se visualiza como una quiebra de los sis-temas de seguro social, asfixiados por la ecuación de bajas tasas de natalidad y aumento de las expectativas de vida. Un texto especialmente atractivo resulta el paneo que el poeta Marcelo Pichón Ri-vière hace de la cultura del siglo que acaba en silencio. "Para intentar com-prender este escenario desolado, esta co-reografía desvastada –se explica Pichón Rivière– hay que ir para atrás" y entonces retrocede todo lo que hace falta para buscar en la pintura, en la literatura, en el cine, en el legado de las vanguardias y de los solitarios, periféricos que las desa-fiaron, las pistas de lo que puede ocurrir. Y en ese sentido, el surrealismo le pro-vee el ejemplo necesario.

Entre los contribuyentes se agregan a estos tres Marcos Aguinis, Natalio Botana, Dante Caputo, Julio Godio, Gregorio Kli-movsky, Justo Laguna, Félix Luna, Nicho-las Negroponte y Susana Torrado, entre otros. Pero sobre esos tres textos disími-lès encuentra vertebración *Argentina en el tercer milenio*. Quizá porque, como afirma Touraine, ellos –los sociólogos, los economistas, los hombres de la cultu-ra– son los bordes de ese vacío que ha-brá que achicar si se quiere "construir una civilización".♣



HEREJIAS

¿Qué libro considerado grandioso le parece mediocre y qué libro considerado mediocre le parece grandioso? Responde Carlos Franz, autor de El lugar donde estuvo el paraíso.

Al narrador chileno Carlos Franz –bien conocido de este lado de la tan simbóli-ca cordillera de los Andes porque fue fi-nalista del Premio Planeta 1996 con la excelente novela *El lugar donde estuvo el paraíso*– no le gustan, en general, los grandes. Explica sus razones: "Sacan pe-cho y hablan sin haber escuchado". Eso, parece, no le gusta nada. Y da un ejem-plo jugado, para mejor argumentar: "Un *grandioso* que nunca he podido tragar es *El hombre sin atributos*, de Robert Musil. A pesar de sus devotos, a pesar de Mi-lan Kundera", insiste.

No menos arriesgada es su elección del subvalorado, un autor mal comprendido *como infantil y con peor suerte en sus* adaptaciones al cine: Robert Louis Ste-venson. "En cambio, el *mediocre* que me fascina es *El extraño caso de Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*. Como buen *mediocre* se pre-senta sin ínfulas, empieza arratonado en su cuento gótico, y sólo en el último ca-pítulo comprendemos su real grandeza". Eso no es todo. Franz tiene una teoría sobre la ecuación grandeza-mediocridad: "Paradojalmente, creo, los escritores de verdad grandes crecen cuando descui-dan serlo. El Donoso de *El lugar sin lími-tes* es mayor que el de *Casa de campo*. El Nabokov de *Pálido fuego* da más luz y ca-lor que el de *Ada o el ardor*... El Mann de *Muerte en Venecia* dura más que el de la *Tetralogía*. ¿No será que la grandeza resi-de en escribir desprevenido de la propia mediocridad?" Alguien, alguien muy reconocido, lo acompaña en esa opinión: "Esa *mediocritas aurea* que que-ría Horacio", pide, apenas, Franz. Embarcado por fin en la pura escritura (esto es, abandonados los trabajos que le proveían el pan antes del éxito de *El lugar donde estuvo el paraíso*, Franz sueña tal vez con ser uno de esos despre-venidos. Lo entusiasman otros ejem-plos. "¿Qué hace grande a Cervantes, si-no el haberse asociado eternamente a su mediocre caballero de provincias?", se pregunta el autor de *Santiago Cero*.

G. E.

REEDICION

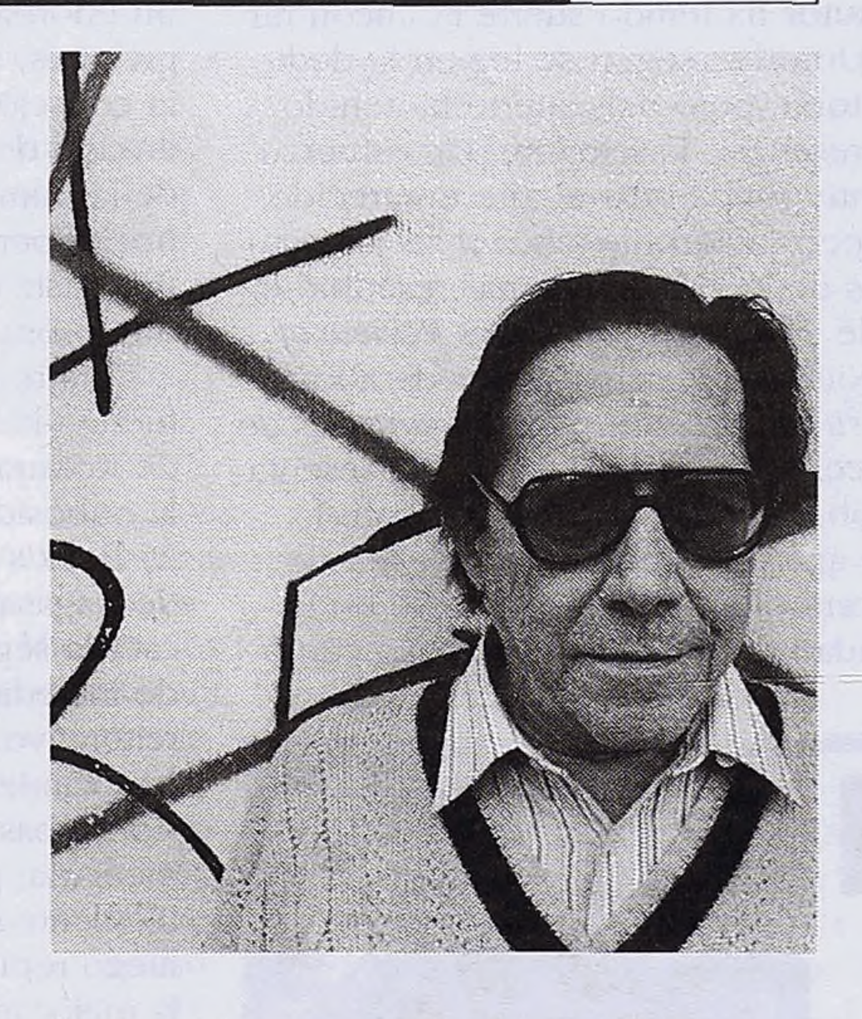
M. R.

Tigres de la cabeza

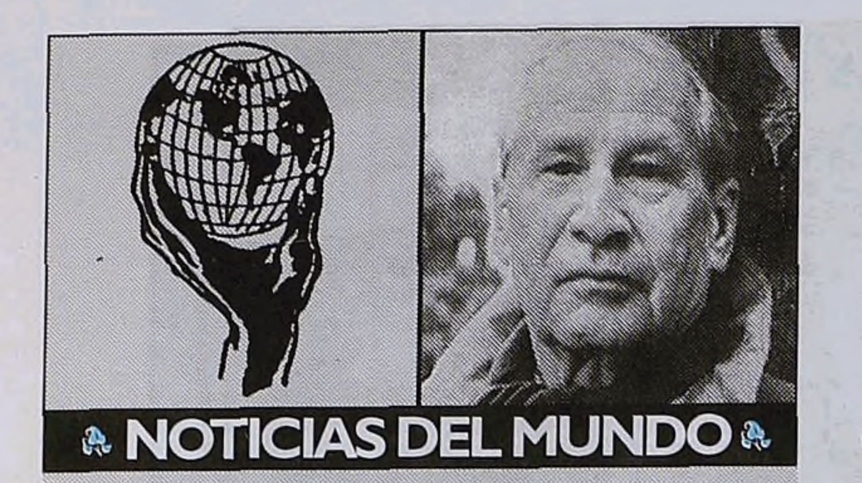
En estos días se reedita *El Cabeza* y aparece la tercera edición de *Los tigres de la memoria*, dos novelas policiales de Juan Carlos Martelli, uno de los pocos escritores de ese género en la Argentina. Ocurre que la novela policial, para Martelli, fue su introducción al mundo de la literatu-ra. "Devoraba esas novelas de autores me-morables en malísimas traducciones de vie-jas editoriales", dice. Y desde un principio eligió qué tipo de novela policial escribir: "Entre las dos vertientes del policial, la in-glesa, de detective deductivo en un castillo, y la novela negra americana, donde hay un factor de juego de poder y denuncia social, me interesó mucho más esta última".

En sus novelas siempre está expuesto el tema social, como si fuera inevitable. Lo mismo ocurre con el juego del poder. Sea el poder de un jefe de mafia como el Cabeza o el poder del coronel de *Los tigres de la memoria*. En ambos casos es el poder ocul-to que sale a la luz. Y muchas veces el per-sonaje se impone desde una persona real, que Martelli conoce o conoció de casuali-dad. "El coronel de *Los tigres*... existió en re-alidad", revela Martelli: "Lo conocí cuando Paco Jamandreu desenterró los trajes de Eva Perón. Yo había hecho una nota en la revis-ta de *Clarín*, que por entonces dirigía, y Pa-co me invitó a comer. En la mesa estaba el coronel Hamilton Díaz con su amante. En un momento de la comida, el coronel me dijo que le gustaría mucho que su amante, Soraya, saliera en las revistas. Estaba dis-puesto a pagar por ello, y yo acepté. Su úni-co pedido fue que, cuando hiciera las fotos, como él no iba a estar, debería estar presen-te mi mujer, ya que una vez, un carpintero que había ido a hacer un trabajo en el de-partamento que le alquilaba quiso propasar-se con su amante y tuvo, según me contó, que mandarle romper los dedos. El coronel estaba todo el día en calzoncillos tomando whisky. Era un barril sin fondo. Una tarde, luego de litros y litros de whisky, me contó que él había sido quien había ido a Italia para buscar el cadáver de Evita".

Cuando Martelli quiso darse cuenta, su novela *Los tigres de la memoria*, que esta-ba escribiendo por entonces, comenzó a girar alrededor de ese coronel. "Cuando se publicó –recuerda–, Hamilton Díaz se dio cuenta de que el personaje era él. Llamó a mi madre para decirle que yo tuviera mu-cho cuidado, ya que algo me podía pasar. Me mandó a seguir durante un tiempo, hasta que una hija suya se casó con un hi-jo de mi hermana. Allí, el coronel descu-brió que yo pertenecía a *esos* Martelli y dio la historia por terminada".



De ese modo, aunque admite que el gé-nero en la Argentina no necesariamente tiene que responder a estos personajes, Martelli se plantea sus propios límites, y entre ellos está el descubrir este tipo de personas y transformarlos en personajes. Tanto en *El Cabeza* como en *Los tigres de la memoria*, el resultado fue óptimo.♣



NOTICIAS DEL MUNDO

♣ John Le Carré lo llamó "el Abteilung", pero el verdadero nombre del servicio de inteligencia exterior de la ex República Democrática Alemana era Hauptverwaltung Aufklärung (HVA) y su director durante 34 años fue el maestro de espías Markus Wolf (foto), quien ha publicado sus memorias: *El hombre sin rostro*. Allí cuenta, sugiere y omite buena parte de la historia de la guerra fría, con un tono muy curioso: el de un hombre cosmopolita, culto, encantador, que solía charlar sobre literatura con Kim Philby y que hasta actuó como extra en *Iván el terrible*. Pero, sobre todo, cuenta que no se arrepiente de nada: según él, el espionaje salvó al mundo del desastre porque permitió que los enemigos tuvieran suficientes datos para prever las acciones de los otros. "Mi visión del mundo y mis convicciones no se vieron afectadas", ni siquiera por haber sido condenado como traidor por la justicia de la Alemania reunificada: después de todo, se salvó de la condena porque no podía cometer traición contra un Estado al que no pertenecía ¡porque no existía!

♣ "Escribí este libro con el fin de hacer una suerte de inventario moral. Siempre había evitado escribir sobre Vietnam, evitaba incluso hablar de ello, pese a que se trataba de una de las experiencias más importantes de mi vida". Pero finalmente lo hizo: *En el ejército del faraón*, recién traducida al castellano, Tobias Wolff a la vez continúa *Vida de este chico* y enfrenta el gran fantasma de esa guerra que lo hizo "muy escéptico" y le deparó una imagen que jamás logrará olvidar: "Fue en 1968, en la aldea de My Tho, donde estaba destinado. Avanzábamos por la carretera y a los dos lados del camino se amontonaban pilas de cadáveres. No veíamos los cuerpos ni los rostros, sólo los pies que sobresalían de los envoltorios improvisados".

♣ *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy* es el título de la última novela del español Eduardo Mendicutti, quien una vez más, bajo la aparente frivolidad de sus títulos y su estilo, se plantea problemas complicados como la transexualidad, en este caso. Se trata de la historia de Rebecca, nacida niño y hecha mujer gracias a la cirugía, los tratamientos hormonales, la gimnasia y los potingues.

♣ A Pierre Bourdieu no le gusta la tele, aunque, paradojalmente, el libro en el que la ataca haya tenido como base dos conferencias que fueron televisadas por el canal francés Paris Première. *Sobre la televisión*, apenas apareció en Francia, armó gran revuelo; lo mismo sucedió con sus traducciones para el Reino Unido y España. No es para menos: según el sociólogo, la televisión es "el medio más malvado y corruptor". Sus opiniones fueron sintetizadas por el crítico José F. Beaumont de *El País* (Madrid): "Los medios de comunicación constituyen una amenaza para la sociedad actual. Soportan un estado patológico sin precedentes y lo malo es que transmiten esta perversión al entorno de la cultura, la política, la justicia y, en fin, a todo lo que tocan". Como era de esperar, los periodistas le saltaron al cuello. Tal vez el presidente Carlos Menem lo encuentre inspirador.

¡Qué buen regalo, Lucía!



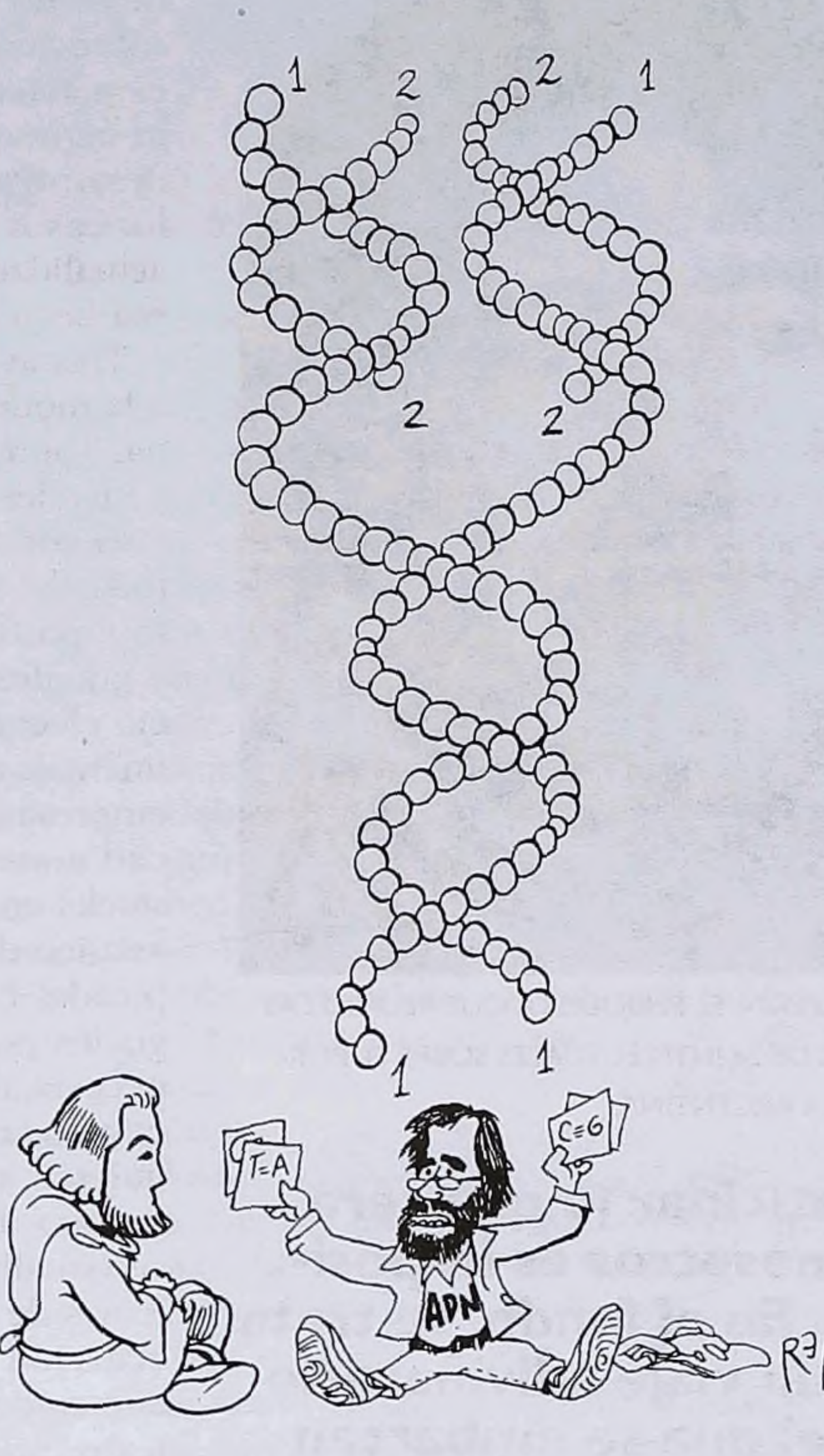
CURIOSIDADES DEL PLANETA TIERRA
***Leonardo Moledo**, con dibujos de Miguel Rep*
Sudamericana, Buenos Aires, 1997
*220 páginas, $ **13***

Juan Sasturain

Hace más de un siglo, en 1894, el joven Paul Valéry, de apenas veintidós años, todavía muy distante de la madurez y los esplendores de *Le cimetière marin*, escribió una fervorosa *Introducción al método de Leonardo* y se la dedicó a Marcel Schwob. En la figura, la personalidad y el empeño de Da Vinci, el por entonces inexperto poeta –deslumbrado por los rigores del maestro Mallarmé– encontraba un modelo que sintetizaba su ideal intelectual y creativo: Leonardo era el Artista entero, el genio y la precisión, el compás y la llama. El Espíritu en caja, esa fría pasión que lo consumiría.

Hace poco, Leonardo Moledo le regaló un libro a su hija Lucía, que cumplía quince años. No lo compró: lo escribió y se lo dedicó, se supone que para que lo lea. Y no es, aparentemente, un libro "personal". Se llama *Curiosidades del planeta Tierra* y viene –de salida– con marcas alevosas de transparente estrategia editorial: la divulgación como objetivo, el dibujito como complemento, el destinatario supuestamente desinformado.

Con eso, con esas pautas ceñidas y expectativas mochas, este Leonardo que suele ir y venir de la literatura a la ciencia (ha publicado las novelas *La mala guita*, *Verídico informe sobre la ciudad de Bree* y *Tela de juicio*; también tiene antecedentes en la difusión científica: *De las tortugas a las estrellas* y *Curiosidades de la ciencia* para grandes, *El Big Bang* y *La relatividad del movimiento* para chicos) decidió no sólo hacer un libro sino escribir a secas: convertir el texto en escritura, trabajar con la rica opacidad de los significantes, incluir voces y orejas múltiples, entreverar realidad y ficción, cita y paráfrasis, auténticos y apócrifos. Y, sobre todo, no antepuso un método a la exposición sino que convirtió la exposición misma en enigma e investigación que se despliega ante el lector/Lucía, se revela como aproximación infinita, riqueza de posibilidades más allá de equívocos progreso e inciertas certezas.

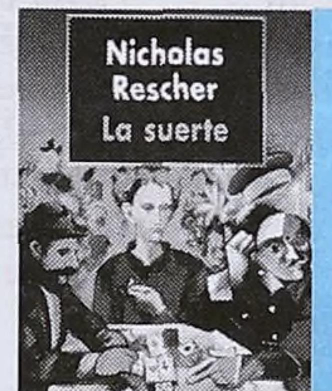


El texto en sí admite siete cortes temáticos, que van de la historia de la Tierra (la edad, la forma, el tamaño) a su futuro problemático pero no apocalíptico –Leonardo se abstiene sabiamente de las facilidades de un ecologismo sin historia–, haciendo escala en las cuestiones de espacio y tiempo, origen de la vida, evolución y herencia: tremendas trivialidades, como quien dice. Por los bordes del discurso, sin mayúsculas ni adulteraciones al gusto del paladar de consumo, Leonardo se (nos) entretiene sobre todo en recodos incidentales, tangentes con la soberana fantasía: los países imaginarios, la localización del Paraíso, y esos laboriosos empeños acotadores, como la confección de los mapas y la pretensión de uniformar el control del tiempo.

Sin embargo, tal vez sea la invención del fraile Adso de Reims y su cruce en el espacio tiempo con el Viajero identificado con el narrador el artificio más logrado, mecanismo que atraviesa el texto iluminándolo en contrapunto, posibilitando la irrupción de textos libres, jugados, inclasificables. Hay una paráfrasis del *Itaca* de Kavafis, una Milonga darwiniana, un coro de castizas lavanderas y una Caperucita Verde que ya no tiene ni bosque para perderse.

En síntesis: el libro no sólo es útil; es bueno. Divúlguelo, como decía el maestro Fola.♣

Mejor suerte la próxima vez



LA SUERTE
***Nicholas Rescher**, traducción de Carlos Gardini*
Andrés Bello, Barcelona, 1997
246 páginas, $18

Gabriela Esquivada

El autor ha tenido suerte al encontrar a Dorothy, según se lee en la dedicatoria, pero más suerte ha tenido con las reseñas: "Fascinante. Un esfuerzo inteligente por acercar el aire enrarecido de la especulación filosófica a las preocupaciones de la vida cotidiana", escribió el crítico de *The New York Times Review of Books*. Nicholas Rescher, antes de abocarse a *La suerte. Aventuras y desventuras de la vida cotidiana*, publicó más de sesenta libros sobre su especialidad (filosofía), que son apenas el botón de muestra de una carrera que incluye su puesto en la Universidad de Pittsburgh, su paso como profesor visitante por las de Oxford, Constanza y Salamanca y su inclusión en instituciones como la American Philosophical Association y el Institut International de Philosophie.

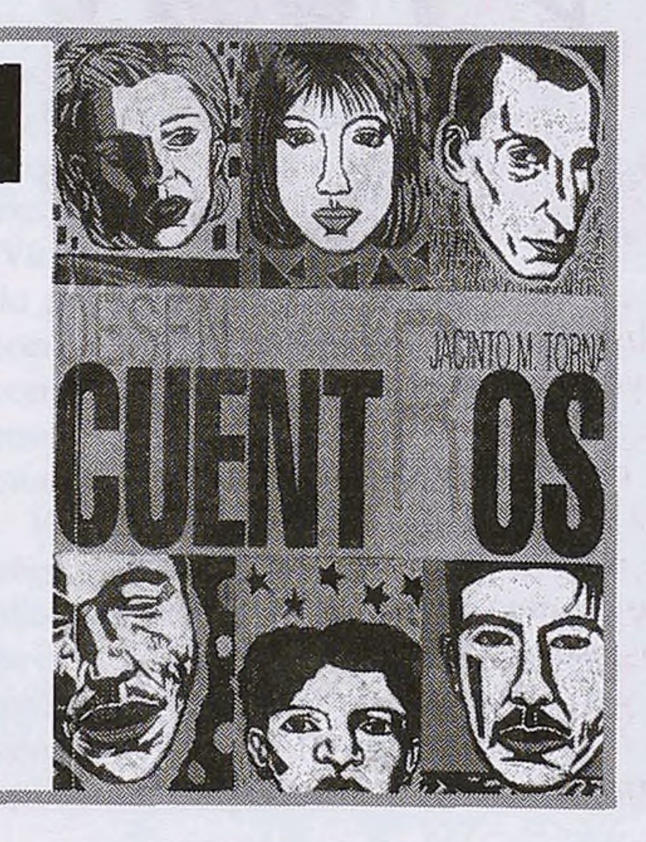
Sin embargo, poseer una formación más que sólida no implica que se pueda divulgar con gracia. Richard Dawkins conjuga ambas cosas: el autor de *El gen egoísta* logra que los lectores comprendan temas complejos de la biología y se diviertan al mismo tiempo. *La suerte* abarca un enorme conjunto de cuestiones (definiciones, aspectos morales, ejemplos, hasta consejos) pero no como *La noche*, el ensayo de A. Alvarez donde se habla desde la iluminación hasta el sueño, desde la noche perpetua de los casinos de Las Vegas hasta el miedo a la oscuridad, con una prosa que cautiva.

El libro de Rescher tiene un arranque fuerte –la buena suerte que tuvo la ciudad de Kokura el 9 de agosto de 1945, cuando la nubosidad que la cubría hizo que el B-29 Bock's Car se desviara; la mala suerte de Nagasaki, donde ese mismo avión dejó caer la segunda bomba atómica– pero casi de inmediato se vuelve un texto ripioso y reiterativo. "Somos agentes que poseen un conocimiento limitado y deben tomar decisiones basándose en una información fragmentaria; por este motivo estamos inevitablemente a merced de la suerte", escribe, y luego repite: "Jugamos nuestras cartas de la mejor manera posible, pero el resultado dependerá de lo que hagan los otros jugadores del sistema, trátese de actos de personas o de sucesos naturales"; "La suerte, buena y mala, es ineludiblemente parte de la existencia humana"; "Como la suerte depende de lo fortuito, no hay manera de manipularla ni controlarla".

El capítulo de definiciones, "Enigmas del azar", establece con claridad las diferencias entre ser afortunado y tener buena suerte: "Nuestras aptitudes innatas dependen de la buena fortuna; las oportunidades que el azar pone en nuestro camino y nos permiten desarrollarlas suelen depender de la suerte". O, lo que es equivalente, entre destino y azar: "La suerte se distingue del destino y la fortuna por ser sorpresiva e imprevista". (Algo parecido a lo que indica el Diccionario de la Real Academia Española: la suerte es el "encadenamiento de los sucesos, considerado como fortuito o casual"; el destino, el "encadenamiento de los sucesos considerado como necesario y fatal").

Sobre esas nociones trabaja Rescher problemas muy interesantes, como los límites de la predicción (el caos, la elección, la ignorancia, la finitud), los diferentes contextos en que la suerte se vuelve buena o mala, la ausencia de relación entre mérito y azar (con una curiosa teoría sobre el carácter democrático o populista de la suerte: todo el mundo puede tener su golpe), la teoría de la probabilidad, la interpretación racional de la suerte. Menos interesantes son las zonas que limitan con la autoayuda: "Aunque no podamos controlar la suerte mediante intervenciones supersticiosas, podemos influir sobre ella mediante los principios menos dramáticos pero mucho más eficientes de la prudencia", dice y pasa a enunciar cómo: gestión de riesgos, control de daños, aprovechamiento de las oportunidades.

Los mejores capítulos del libro son "Los filósofos del juego" y "Las reflexiones de los moralistas". No sólo explica claramente conceptos de teóricos como Gataker, Gracián, Pascal y Leibniz, sino que traza también un fondo histórico didáctico y con la gracia de citas como las del diario de Samuel Pepys; es destacable también su reflexión sobre la relación entre suerte y moral, de la mano de un Kant accesible sin ser para bobos. Aunque tiene sus buenos momentos en el campo que domina, la prosa, en fin, no es muy afortunada.♣



Una temporada en el infierno



LA MATRIZ DEL INFIERNO
Marcos Aguinis
Sudamericana, Buenos Aires, 1997
560 páginas, $ 22

Marcelo Birmajer



MARCOS AGUINIS APUESTA A LA HISTORIA OSCURA DEL ACCIONAR NAZI EN ARGENTINA, LAS DIFERENCIAS ENTRE LOS GERMANO ARGENTINOS Y LA RELACION ENTRE EL NAZISMO Y EL GOLPISMO DEL '30.

En las dos últimas décadas de este siglo ensayistas y escritores han renunciado lúcidamente a algunos de los postulados del positivismo para enfrentar el problema del Mal. Han hecho a un lado las supersticiones de la sociología y el racionalismo para por fin considerar al Mal una entidad. De ahí, libros con títulos como *La matriz del infierno*. Este título, además de su acierto estético, nos permite arriesgar una interesante propuesta filosófica, espero que compartida por el autor: Dios copia de nuestros actos, de los castigos que inventamos en la Tierra, el infierno al que nos condenará. El Infierno en este libro, y el Mal, es el mundo nazificado que comenzó en los 30. La trama llega hasta los umbrales de la guerra, en 1939; poco antes de que Hitler invada Polonia.

La apuesta histórica del libro es ambiciosa y efectiva. Y es el triunfo en esta apuesta su mayor acierto. Para no pocos lectores serán reveladoras las crónicas del accionar nazi en la Argentina, las diferencias entre los miembros de la comunidad germano-argentina y la confluencia de intereses entre los nazis de Europa y los golpistas argentinos del 30. También se destaca, por su valor de divulgación histórica, la descripción de algunos de los aristócratas alemanes que conspiraban contra Hitler sobre el final de los 30; tan nazis y aborrecibles como el mismo Hitler pero incapaces de soportar el ascenso del lumpenaje. Nuevamente los argentinos volvemos la mirada hacia Bariloche, el paisaje paradisíaco en el que encontraron solaz los patrones del averno, y vale recordar un libro que ya había transitado con curiosidad los relieves ideológicos y geográficos de estos parajes: *El pintor de la Suiza argentina*, de Esteban Buch.

Por momentos, Aguinis aplica la técnica del "túnel del tiempo", con el lector como protagonista. Así, podremos asomarnos, desde dos personajes argentinos, a la *Kristalnacht*. Uno de los momentos más valiosos del libro es esta descripción en la que se nos narra una verdad no siempre dicha entera: en la destrucción de las sinagogas, escuelas y hospitales judíos, participaron mujeres, niños y hombres alemanes. Familias alemanas enteras, como quien sale de paseo, atestiguaron con alegría o emprendieron con fervor la masacre. La frase "hombres, mujeres y niños", que a menudo utilizamos para describir a las víctimas, son en este caso útiles, nos recuerda esta escena de *La matriz...*, para definir a los victimarios: buena parte de los alemanes de entonces.

El estilo literario se ve complicado por la enorme cantidad ininterrumpida de información histórica, pero se logra un gracioso contrapunto, ameno, entre largos capítulos en la mejor tradición de León Uris o Ira Levin y las crónicas autobiográficas del personaje argentino, Alberto Lamas Lynch, que recuerda a, también lo mejor, de *Los muchachos de antes no usaban gomina* o ese lenguaje entre afectado y lunfardo que tan bien despunta Isidoro Cañones y que parece no ser una sátira de nuestra aristocracia de los treinta sino su fiel reproducción.

La heroína de este libro, Edith, también se inscribe en una tradición: la de las mujeres que se acercan al tirano para matarlo, como Judith a Holofernes, y así salvar a los inocentes. Incluso los nombres de ambos personajes, Edith y Rolf, podrían recordar a aquella heroína y a aquel malvado. Pero en el Infierno, las heroínas son derrotadas y los tiranos triunfan.

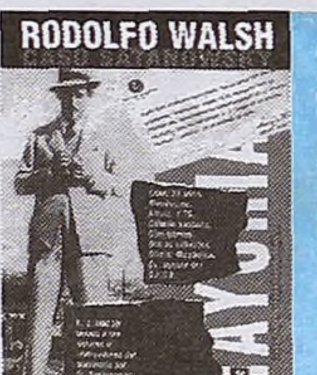
Es meritoria la descripción de la metamorfosis del alma del judío asimilado frente a su enemigo férreamente definido. Y, como ocurre en la ucrónica novela *Fatherland*, de Robert Harris, la simple descripción de la cotidianidad nazi en Alemania explica por qué aquel proyecto no podía durar más de una década: se trataba de un jardín de infantes de niños malvados, repentinamente infradotados, que no podían reproducir más que sus propias maldades, como quien juega con sus heces.

Las descripciones históricas son, por mucho, superiores a los diálogos de esta novela: las conversaciones entre los personajes más de una vez se ven aquejadas por la responsabilidad de informar históricamente al lector. Pero, en ventaja, estas informaciones adquieren por momentos el legítimo impacto sorpresivo de la literatura: como cuando se descubre en Alemania, entre un grupito de argentinos que están admirando el fenómeno nazi, a Juan Domingo Perón.

Cronológicamente, la novela termina cuando el Infierno comienza a expandirse y multiplicarse, pero su matriz ha sido fielmente retratada. Con este revelador y agudamente elegido recorrido histórico, Aguinis ofrece un libro exhaustivo, comprensivo y necesario sobre la peor parte de este siglo que termina.♣

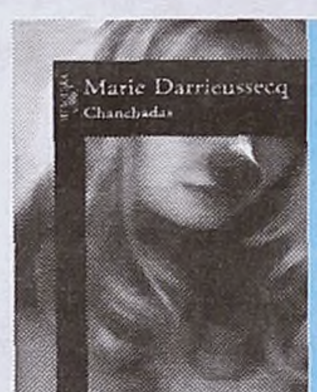
PASTILLAS RENOME

G. E.



CASO SATANOWSKY
Rodolfo Walsh
Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1997
268 páginas, $ 16

Fue el abogado de "lo más próspero de la colectividad judía y lo más rancio de la oligarquía criolla". Se llamaba Marcos Satanowsky y fue asesinado en 1957, cuando era el abogado de Ricardo Peralta Ramos, en quien recayeron las acciones del diario peronista *La Razón* tras el golpe de 1955. Satanowsky trataba de evitar la expropiación del medio que –como de todos los bienes del entonces innombrable– exigían los militares, en particular el teniente coronel Juan Constantino Cuaranta, a cargo del antecedente de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), la Comisión Especial. Fue su pesada la que "se encargó de remover el principal obstáculo a las inquietudes periodísticas de Cuaranta: el defensor de Peralta Ramos, Marcos Satanowsky", escribe Walsh en la recopilación de artículos aparecidos en 1958 en *Mayoría*, que en 1973 armó como libro y que hoy se reedita. No sólo es un placer leer una investigación periodística tan bien narrada: es curioso advertir, además, cómo ciertas constantes –los servicios, la corrupción, la falta de justicia y la presión sobre la prensa– nunca bajan de cartel en este país.

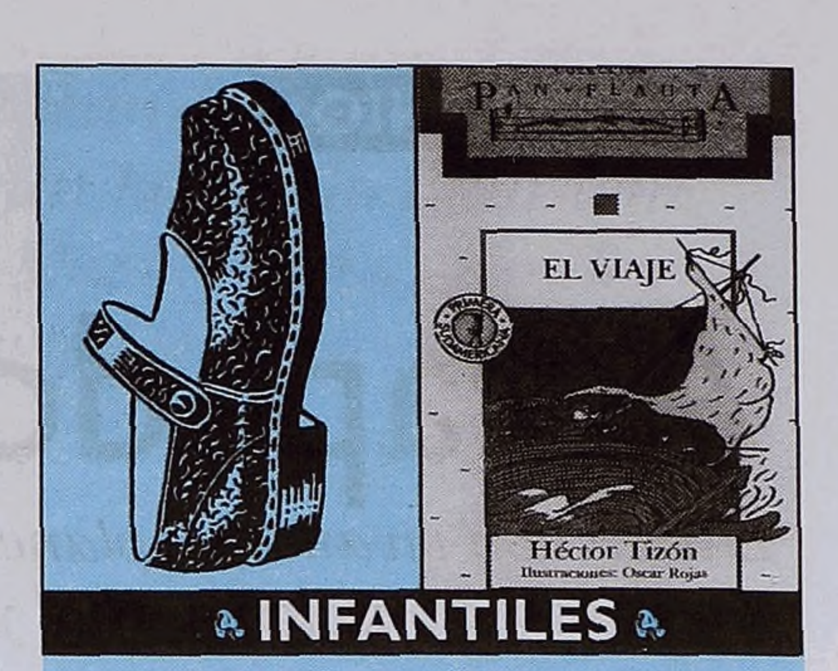


CHANCHADAS
Marie Darrieusecq
Alfaguara, Buenos Aires, 1997
196 páginas, $ 17

Hay un gesto conocido como "llenar el piso de cuadraditos": mover el pulgar y el índice curvados de una mano para dar a entender "¿La cazás?". La novela de esta joven francesa está tan llena de guiños que hace difícil dar vuelta las páginas, ocupada una mano en el texto y otra en el gesto a medida que se reconocen homenajes a Kafka, Vian, Stevenson, Orwell. La historia es más o menos así: una pobre muchacha criada en la mayor carencia afectiva, y en consecuencia sometida por los más patéticos gandules, es explotada en una cadena de cosméticos que oculta una casa de masajes. Allí descubre su lado oscuro –el placer por ciertas prácticas sexuales– y la aparición de cambios físicos que la convierten en chancho, que no cucaracha. Su voz ingenua cuenta cuán mal lo pasa mientras sus vestidos estallan y su personalidad muta con su cuerpo, hasta que encuentra un par, un hombre lobo, pero un gobierno totalitario se lo arrebata. Más lodo para la cerdita aportan las erratas de la edición y ciertas indefiniciones (¿para acá? ¿para España?) de la traducción.

TRADUCCION COMO CULTURA
***Lisa Bradford** (compiladora)*
Beatriz Viterbo, Rosario, 1997
190 páginas, $ 16

Ya no se habla del *traductor, traidor*, parece: de la aliteración italiana se ha pasado a la palabra alemana de traducción, *übersetzen*, para definir el espíritu con que se puede estudiar este proceso hoy: llevar algo desde una orilla del río hasta la otra. "La globalización de nuestro mundo moderno debe fiarse más que nunca de la experiencia del traductor al iniciar la comunicación entre naciones y culturas", sostiene en su contribución a este libro (el prólogo) Rainer Schulte. El traductor, entonces, es más que nunca un mediador, sin dejar de ser un creador. Elvolumen es sólo para especialistas en el tema, pero es de interés: se analizan problemas como la multiplicidad de voces de un texto, los juegos de géneros, las escrituras del exilio, la traducción literaria, el español en Estados Unidos, el pluralismo cultural, autores japoneses e indios y brillan nombres como los de T. S. Eliot, Jorge Luis Borges, Jeanette Winterson y Leónidas Lamborghini en los textos de Diana Bellesi, Márgara Averbach, Fabián Iriarte, Miguel Wald, Susana Romano-Sued, Ana Porrúa y la compiladora, entre otros.



INFANTILES

Quizás el mayor de los logros que pueda tener un libro de literatura infantil es conseguir que cuando el chico o la chica lo termina, tenga ganas de leer otro libro, y después otro. Y quizás *El libro del silencio*, de Olga Monkman (Editorial Alfaguara, 156 páginas, **$ 12**), sea uno de esos libros. Porque quizás logre que el chico o la chica viaje durante un año con una familia de esquimales que va hacia la costa para esperar la próxima primavera; un año durante el que el hijo menor (más o menos de la edad del lector) se inicia como cazador con el mismo entusiasmo que otros chicos en otros lados del planeta reciben permiso para volver tarde de una fiesta. En *El viaje*, de Héctor Tizón (Editorial Sudamericana, 60 páginas, **$ 8**) un viejo rememora la travesía río abajo que realizó a los diez años junto a su abuelo y un amigo, y que los llevó hasta la ciudad en la que recomenzarían sus vidas. Pero el tono de las aventuras pierde el indispensable poder de encantamiento que todo libro infantil necesita cuando se hace demasiado evidente el esfuerzo "por contar un cuento para chicos". *El libro del silencio* está en cambio escrito con el mismo y magistral ascetismo zen con el que la abuela de la familia cuenta cada noche en el iglú las leyendas orales de los esquimales: dan ganas de leer otra.
J. I. B.



FRESQUITOS

Libros recién venidos

Camas
Groucho Marx
Tusquets
Los graffiti del '68
Diario mural del Mayo Francés
Perfil Libros
Derecho de los partidos políticos argentinos
Juan Ruiz
Corregidor
La sonrisa no basta
Alejandro Agresti
Norma
Dos familias peligrosas: el clan Puccio-los Barker
Ricardo E. Irurzun
Galerna
Estudios sobre la sociedad unipersonal
Ana Piaggi de Vanossi
Ediciones Depalma
Biografía del Paraná
Miguel Albornoz
El Elefante Blanco
Luz de rincón
Lili Reches
Florida Blanca
Derecho internacional privado
Ricardo R. Balestra
Abeledo-Perrot
Jorge Luis Borges. Bibliografía completa
Nicolás Helft
Fondo de Cultura Económica
El Diablo in albis
Alejandro Pidello
Libros de Alejandría
Factura de crédito
Salvador Bergel y Martín Paolantonio
Rubinzal-Culzoni Editores
Recetas de amor
Ana María Campoy
Sudamericana
Imágenes de Buenos Aires 1915-1940
Selección de fotografías de Luis Príamo
Fundación Antorchas
Joint venture y sociedad
Sergio Le Pera
Astrea

TESTIMONIO

Atrapado sin salida

Era un bon vivant que planeaba mediocres novelas. Un accidente vascular paralizó todo su cuerpo excepto el ojo izquierdo. Consciente, vital y cínico, Jean-Dominique Bauby dictó con el su crónica final, un libro extraordinario.

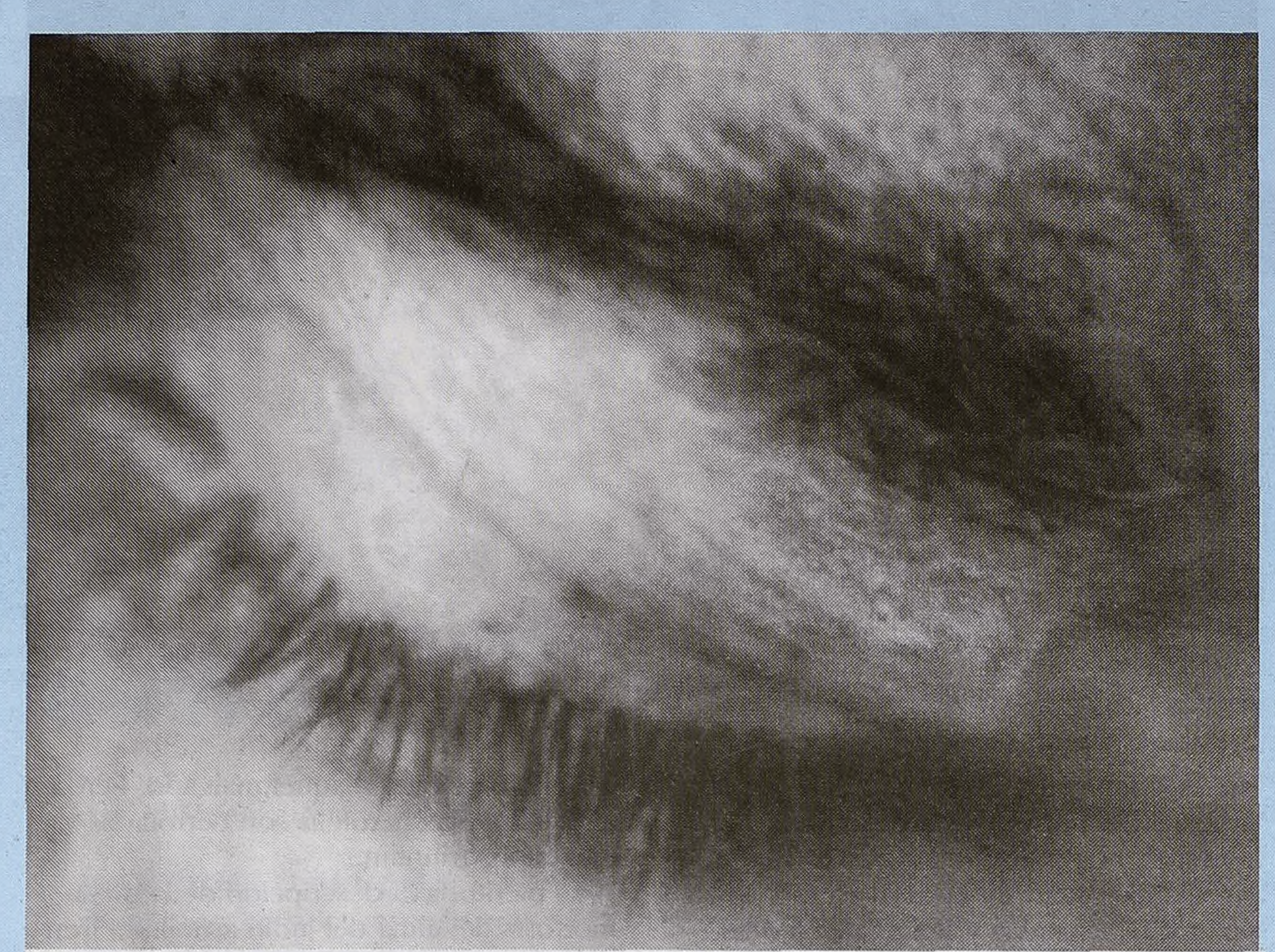
María Moreno

Jean-Dominique Bauby podría haberse apodado Jean Do París: era un Don Juan de casino, el jefe de redacción de lo que supo definir como "un universo de perifollos" –la revista *Elle*–, preferido de las borracherías suntuosas como el Café de Flore y de su BMW cuyas puertas –como las de todo auto elegante, él lo sabía– se cerraban con un leve chasquido. Pero el 8 de diciembre de 1995 un accidente cardiovascular lo convirtió en una rareza neurológica: un ser afectado por lo que los anglosajones han bautizado *locked in syndrome*, afección del tronco cerebral que lo convirtió en un ser paralizado de pies a cabeza, a excepción de su mente y el ojo izquierdo.

Recluido en la habitación 119 del Hospital Marítimo de Berck, se le ofreció a cambio de la salida del coma un alfabeto donde cada letra se ordenaba de acuerdo con su frecuencia en la lengua francesa. La serie ESARINTULOMDPCFBVHGJQZYXKW fue su pasaporte a la literatura. Asomándose con su único ojo vivo y la ayuda de gentiles colaboradores a un proyecto que le demandaría dos meses –la escritura de este libro–, comenzó siguiendo, inmóvil, los pasos de Rimbaud: si éste le adjudicaba colores a las letras, Bauby les adjudicó intenciones: "...la E caracolea en la cabeza y la W se aferra a fin de no ser abandonada por el pelotón. La B está de mal talante por haber sido relegada junto a la V, con la cual la confunden sin cesar".

La aventura no sería internarse por las calles de Hong Kong en pos de alianzas periodísticas ni navegar los grandes rápidos en *La Reina Africana* a lo Humphrey Bogart con una puntillosa Katharine Hepburn a bordo, sino vigilar la cánula de la sonda urinaria, aprender a sorber por una pajita unas gotas de yogur antes de que se escabulleran por las vías respiratorias, deletrear con voz de hombre de Cromagnon a coro con la ortofonista y, más frecuentemente, aprender a retener la saliva en la boca para no horrorizar a los visitantes del tout París.

Antropólogo con un campo minúsculo, Bauby trazó, como un Lévi-Strauss de la enfermedad, su clasificación de los "traductores" que interpretaron los guiños de su ojo narrador. Concluyó que las chicas eran más rápidas que los chicos, aunque no más que los maniáticos de los crucigramas y el Scrabel; que los emotivos anotaban al tuntún, llorando de culpa ante los resultados, que los escrupulosos jamás se animaban a apostar a la siguiente sílaba: "Ni siquiera bajo el hacha del verdugo añadirían por su cuenta el 'ñón' que le falta a 'champi', el 'mico' que sigue a 'ató' ni el 'able' sin el cual no hay nada 'intermin' o 'insoport'".



VICTIMA DE UN PADECIMIENTO INFRECUENTE, EL LOCKED-IN SYNDROME, QUE CONSISTE EN LA PARALIZACION DE TODO EL CUERPO EXCEPTO EL OJO IZQUIERDO, JEAN-DOMINIQUE BAUBY DICTO SU TESTIMONIO.

> **"Lo maravilloso de este relato es que su protagonista jamás se identifica con su desgracia: a lo sumo contempla con interés casi científico cómo una lágrima surca una de sus mejillas".**

La escafandra y la mariposa es transparente desde el título: está escrito con una ligereza antípoda a la de un peso muerto. Bauby se ríe de que ya no pueda pronunciar ni siquiera el nombre de su propia revista, de que las camillas sean tan cómodas como la tabla de un faquir, de que su hijo le proponga a un paralítico jugar al Ahorcado, de que los gestos involuntarios de su cabeza se parezcan a los de esas mujeres africanas "a las que se retira la pirámide de aros que desde hace años les estira el cuello". Ateo y siempre en solfa encomendó las distintas partes de su cuerpo a diversas agrupaciones religiosas de acuerdo con las creencias de sus amigos: su ojo derecho, a una comunidad de Camerún; sus oídos, a unos curas católicos de Burdeos. Así comprobó que la vida era horrible pero que lo era alegre y locuazmente.

Lo maravilloso de este relato es que su protagonista jamás se identifica con su desgracia: a lo sumo contempla con interés casi científico cómo una lágrima surca una de sus mejillas cubiertas de espuma de afeitar. El neurólogo y escritor Oliver Saks (interpretado por el bobalicón Robin Williams en la película *Despertares*) mostró la existencia del inconsciente al observar en los accidentados neurológicos una imaginación que excedía las estrategias de la enfermedad al servicio del impulso reparador, y por supuesto, al soporte material del cerebro humano. JorgeLuis Borges es un buen ejemplo de lo que un hombre encerrado puede desplegar para montar un universo infinito, aunque el misterio de la sublimación hubiera permanecido infranqueable para ese otro etnólogo del sueño que fue Sigmund Freud, quien sólo pudo balbucear en su ensayo sobre Leonardo Da Vinci algo sobre la vastedad fundante de la investigación sexual infantil.

Se estaría tentado de pensar que el valor literario de *La escafandra y la mariposa* es su carácter de registro de una experiencia vivida. Sin embargo es al revés: si Bauby la hubiera escrito sin haberla vivido, hubiera sido de una excelencia pariente de *Malone muere*, de Samuel Becket. En cambio, al inscribirse en el género autobiográfico, se desliza injustamente en la gaveta del testimonio y el caso clínico. Como decía Vladimir Nabokov: "¡Qué argumentos extravagantes tiene la vida!" Y por una cruel paradoja, Bauby, metido en su escafandra imaginaria, trasnochó en el 119 del Hospital Marítimo de Berck tramando, en parte, las novelas que no escribió, que eran abiertamente horrendas –por ejemplo, una versión femenina de *El Conde de Montecristo*– y menos probables best sellers que ésta.

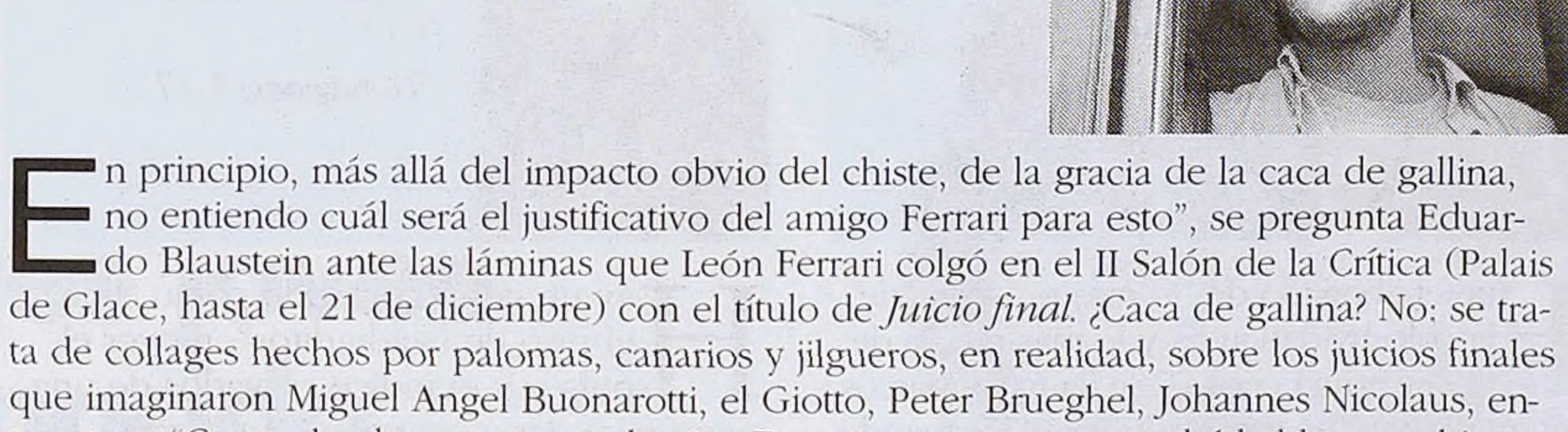
Bauby murió en marzo de este año como el muchacho de oro mediático que había sido: en la cúspide de la lista de best sellers. Lo que hizo que se sobreviviera a sí mismo no fue la riqueza de una espiritualidad desencarnada que se encuentra ante la alternativa de volverse literal, sino el bon vivant a bordo de un descapotable rojo, el bebedor del bar Felix en uno de cuyos asientos un diseñador trazó su retrato, el redactor en jefe que dirige al mundo una pregunta nada metafísica: "¿Qué es la mujer *Elle*?", es decir, el hombre fashion y no el filósofo interrogado por la experiencia de una excepción penosa ("el *locked in syndrome* es tan poco probable como ganar el pozo acumulado en el Loto", ha dicho). ¡Cuánta razón tenía la abuela de Sartre cuando le recordaba al denso nietito: "Deslizaos mortales, pero no os apoyéis"!

ASI LO VEO YO

Dolores Graña

Cruz diablo al Juicio final

Un pintor según un escritor: a Eduardo Blaustein, autor de Cruz diablo, no le gustó la obra Juicio final (foto, abajo) de León Ferrari.





En principio, más allá del impacto obvio del chiste, de la gracia de la caca de gallina, no entiendo cuál será el justificativo del amigo Ferrari para esto", se pregunta Eduardo Blaustein ante las láminas que León Ferrari colgó en el II Salón de la Crítica (Palais de Glace, hasta el 21 de diciembre) con el título de *Juicio final*. ¿Caca de gallina? No: se trata de collages hechos por palomas, canarios y jilgueros, en realidad, sobre los juicios finales que imaginaron Miguel Angel Buonarotti, el Giotto, Peter Brueghel, Johannes Nicolaus, entre otros. "Con todo el respeto que el señor Ferrari me merece –escuché hablar muy bien de su obra y algunas cosas suyas me gustan mucho–, el chiste como provocación en sí misma me parece medio pavo", dice el autor de *Cruz diablo* ante la lámina que eligió, el grabado de Brueghel, sobre el que amarillean las deposiciones de las aves.

"Antes de lo que él interprete o resemantice o como se llame, yo tengo una relación especial, un respeto trascendente por los originales. Por supuesto que me parece totalmente legítimo que se reelabore y recicle y se haga lo que quiera con ellos, pero me resulta medio chica la idea de agregarle la caca de paloma encima a obras que tienen siglos de existencia. Me impacta mucho esa cosa medio sacra de tantos años de historia", explica Blaustein. "Elijo esta obra de Brueghel –de 1558– en particular, porque me gustan los grabados. Lo apocalíptico siempre es bello, no sé cuál será la razón, pero es conmovedor", dice, y le llega el recuerdo de *Los limpeiros*, un trabajo de Sebastiao Salgado, "que tiene la misma dimensión bíblica".

Ve con simpatía todas las "estéticas *juiciofinalistas*", como define, "quizás a modo de venganza adolescente contra el mundo". Lo relaciona con otras producciones que le gustan mucho como los viejos libros de viajes. "Obviamente hay un parentesco con la cosa obsesiva y chiquilina de la saturación de información y pequeños elementos, como en el caso del Bosco y de Brueghel, que me gustaban más de chico, por esa cosa pendeja, casi de comic, de mucho datito". Pero caca de ave sobre los datitos, no, y ésa es justamente la adhesión de Ferrari a la iniciativa del Club de Impíos, Herejes, Apóstatas, Blasfemos, Ateos, Paganos, Agnósticos e Infieles (CIHABAPAI, en formación): solicitar al Papa la anulación del Juicio Final y de la inmortalidad.